



DIVEL MERSAN

JUAN RADRIGAN

QUEDA

ESTRICTAMENTE

PROHIBIDO

o

LA RONDA DE LAS MANOS AJENAS

NOVELA

1ª Edición

Ediciones "SAOTEM"

1970

Santiago - Chile

ES PROPIEDAD

Inscripción N° 37534

Derechos reservados para todos los países.

IMPRESO EN CHILE

Todos los personajes y situaciones que aparecen en esta obra, son absoluta y dispersamente reales.

Cualquier semejanza con personajes o situaciones ficticias, es simplemente una lamentable coincidencia.

LOS AUTORES

Había una vez una noche que tenía ira. Se había fugado del día para alborotar el rostro de las calles, cansada ya de que las calles alborotaran el suyo.

Y así fue como, desbandada y rabiosa, saltó sobre la ciudad lanzando gruesos puñados de lluvia sobre los desprevenidos transeúntes. Estos, sin previo acuerdo, apuraron el paso, arrugados y empedregados, como recordando súbitamente una importante diligencia por cumplir.

Entonces fue cuando la noche se encontró con Claudio...

Claudio camina placentemente bajo las rotas nubes, ajeno por completo al malhumor de los elementos. Las enormes luciérnagas artificiales, calcan estrellas en miniatura en las gotas que cubren su negro chaquetón de castilla.

Es casi delgado, alto, cabello insubordinado. Pero esto no tiene absolutamente ninguna importancia. Lo que le hace inolvidable, es la fiesta violenta que se desnuda en sus ojos. Es una mirada que al principio sorprende, como algo inesperado y absurdo; que insulta, irrita... aunque, si el observador lo es, pronto descubre tras esa aparente soberbia, un bagaje insólito de amor y de amistad.

Cuando entra al primer café que le sale al paso, silba desaprensivamente.

En el oscuro local, reina un aire de atroz ruti-

na. El patrón, semioculto tras la caja registradora, parece sacar cuentas. En las mesas sólo hay dos clientes: uno, fuma con los codos sobre la mesa y una mirada estúpida pegada en el vacío; el otro, hojea un diario, sin ningún interés. El sordo rumor de la lluvia pone un fondo de abrumadora tristeza al cuadro de hastío. Entonces Claudio se pregunta con sorpresa: “¿Qué se figurarán estos tipos que es la vida? Esto está mal —se dice— muy mal”.

Tañe las manos sonoramente.

Patrón y clientes parecen apenas percatarse de su presencia. Ninguno hace un solo gesto de agrado o de fastidio.

Aparece una joven camarera.

Se dirige a ella:

—Salud, belleza. ¿Qué importante acontecimiento celebra esta nutrida concurrencia?

La muchacha reprime una sonrisa.

—¿Cómo te llamas, bellísima doncella?— y, al ver que ella mira un tanto atemorizada al patrón— ¡Oh, no te preocupes por Cagliostro, está demasiado absorto convirtiendo sus tardes en oro! —se inclina hacia ella—. ¿Te llamas Selva?

La muchacha lo mira desconcertada.

—Claro que no —dice Claudio, como para sí—, no podías llamarte Selva; en cierto modo resultaba imposible... quedo estrecho en tus ojos —se encoge de hombros—. ¡Bien, bella Constancia, ve a cumplir con tu destino. Tráeme un café!

—Me llamo Marcela —revela ella, obsequiosa. Claudio niega con vehemencia:

—¡No, no. Tú te llamas Constancia! Marcela te dicen los que no usan sus ojos para mirar tras

los tuyos. ¿Comprendes?... Y ahora ve a buscar lo pedido.

Luego que ella se aleja, gira sus ojos, donde la quietud parece haber claudicado, buscando un sitio propicio; luego ensaya breves pasos de baile, canturrea; se frota las manos, emitiendo súbitas risillas. Irradia alegría. Luego, ajeno por completo a las hostiles y desaprobadoras miradas que ha comenzado a lanzarle el patrón, saca una moneda del bolsillo y la lanza al aire, cogiéndola antes que caiga:

—¡Sello! ¡Ha ganado el correcto señor vestido de azul que lee el diario! —y sin más, se dirige resueltamente hacia éste.

El "favorecido", hombre de unos treinta años, cuyas correctas y tersas facciones le hacen parecer un calmo patricio, le mira un tanto extrañado, al ver que hay bastantes mesas desocupadas; pero no le presta mayor atención. Se limita a correr un poco el diario, para dejarle espacio al intruso y sigue leyendo.

—¿Molesto? —pregunta Claudio.

—Noo...

—¿Se está bien aquí, no? —comenta, dando aprobadoras miradas al lugar.

—Bastante.

—¿Usted viene siempre aquí, no?

—Casi todas las tardes.

—¡Claro, claro: se ve!

—¿Qué se ve?

—¿Le gusta Constancia?

—¿Constancia?... ¡No conozco a ninguna Constancia!

—Desde luego; se ve a la legua que sólo conoce a Marcela.

—¡Usted me ha confundido, señor!

—No, no lo he confundido. Usted viene sólo por el silencio —se echa hacia atrás contemplando el lugar—. Un silencio y un sosiego pintiparado para que reposen las buenas conciencias, sí señor.

El otro lo mira perplejo.

Claudio se levanta bruscamente y va donde el otro cliente.

—¿Y usted por qué está tan triste, ah?

Cogido de improviso, el hombre vacila.

—Escuche —dice, apoyando las manos sobre la mesa e inclinándose hacia él—: una vez hubo un naufragio. Yo me salvé en un bote cuyos remos manipulaba un ciego, guiado por un tuerto. El tuerto le decía: "Sigue derecho. Allí hay una boya. Tuerce. Gira. Sigue". En fin, usted sabe lo peligroso que es el mar. Bueno, es una de esas vueltas y revueltas, al ciego se le escapó un remo, con tan mala suerte que golpeó al tuerto en el ojo bueno. Este se llevó las manos a la cara y gritó: "¡Ayyy. Hasta aquí no más llegamos!". ¡Y entonces el ciego se paró y se bajó!

El hombre que le ha escuchado intrigado, suelta una estentórea carcajada.

—¡Así está bien, amigo! —aprueba Claudio calurosamente—. ¡Así sí que lo comprendo! No hay que refugiarse en la nada: hay que darse; entregarse entero, a la justicia, al amor, a la destrucción, al arte... o a lo que sea. Lo importante es no ser un adorno más en las casas y calles. ¡No vinimos a eso, mi señor! Mañana, cuando cese de llo-

ver y salga el sol coja un poco y lávese el pecho, la cara y las manos; después séquese con un puñado de viento y échese a andar por la vida.

El parroquiano, que aún parece recordar la historia del ciego, trata de sofocar la risa para entender sus últimas palabras, pero comienza a mirarle como un nuevo amigo.

Vuelve a la mesa y ofrece cigarillos al hombre quieto.

—Gracias, no fumo.

—Mi nombre es Claudio. Claudio Montaña.

—Mucho gusto —dice el otro, mirándole fugazmente.

—¿No lo parece, ah?

—Perdón, no le oí.

—Dije que mi presencia no le hace ninguna gracia... ¡Mire, ya que compartimos la misma mesa, seamos sinceros: usted me aborrece!

—¿Aborrecerlo?

—¡Sí, señor! Su hostilidad puede cogerse con las manos... Pero no se preocupe. Es comprensible: trizo su pequeño mundo —el hombre esboza un gesto de protesta, pero Claudio prosigue sin darle la menor importancia—. Usted viene aquí todas las noches. Bebe su café, lee su periódico, medita, en fin: el nirvana. Y he ahí que un día llega un intruso y... ¡Paff! Todo se hace trizas. Lo comprendo, pero no lo admiro.

Una confusa mezcla de temor y enojo se apodera del hombre.

—Yo no le he invitado a mi mesa.

—Desde luego.

—¿No le dice nada eso?

—Sí, mucho..., mucho más de lo que usted se imagina. ¿Sabe? Yo tenía un tío que de pronto se encontró solo en el mundo. Lo único que poseía eran recuerdos. Vivía en una gran casa, llena de puertas cerradas y retratos de sus muertos... Y un atardecer, llegó a visitarlo una pequeña niña. Era ésta, amigo mío, un frágil criatura de refulgentes ojos pardos y cálida sonrisa. Y él dijo, al abrir la puerta y verla: “¡Fuera, mocosa, a molestar a otra parte!”. Pero la muchachita era tenaz y volvió al otro día. La misma escena. Así pasó una semana y luego un mes... Hasta que un día, mi tío, mi buen tío Eustaquio, se levantó de su sillón a la hora acostumbrada y fue a abrirla. Pero ella no estaba. ¿Y va a creer usted, que al no ver más a la niña, se sintió irremediabilmente solo?... Cuando regresó a su sillón traía un nuevo fantasma en el alma... —hace una pausa, clavando sus sonrientes ojos en los del hombre, que se remueve inquieto—. Pero eso no es lo importante —aclara—. Usted y yo nos preguntamos, contritos y un tanto furiosos con mi tío Eustaquio: ¿Qué le sucedió a la pequeña visitante? ¿Quién era?... Y, por último, nos formulamos la más inquietante de las interrogaciones: ¿Qué misteriosa razón la llevaba donde mi tío? ¿A qué iba? ¿Quién la enviaba? ¿Sabía usted? —inquieta repentinamente —que mi tío Eustaquio se encontraba solo en el mundo y necesitaba compañía?

“Es un loco” —piensa el hombre desasosegado. Y en voz alta:

—Me lo acaba de decir usted... No entiendo.

—¿De modo que no fue usted el que envió a

la niña?

—¿Se burla usted de mí? —pregunta con cautela.

—¿En un momento como éste?

—Tengo la sensación de estar haciendo el ridículo. Sea más claro, por favor.

—Estamos tratando de descubrir el por qué de este encuentro. No nos desviemos. Si somos sinceros, si decimos la verdad, ninguno de nosotros tuvo nada que ver con la visita... Esto aclara gran parte del enigma. ¡El causante no es humano! ¿Capta?

—En absoluto.

—Es fácil. De nuestra no intervención en el hecho, se desprende claramente que más allá de usted y de mí, es decir, más allá de nosotros, hay Alguien que vela, que observa y se preocupa. ¡Eso! —golpea la mesa excitado— ¡Eso! ¿Cómo sabe usted, cómo sé yo, por qué y para qué nos encontramos? ¡Piense! Podríamos haber estado en cientos de partes; sin embargo, los hechos engranaron en el día de tal forma, que ambos rematamos a la hora exacta en este lugar. ¿Por qué? ¿Para qué? ¡Usted me necesita, o tal vez le necesite yo! Ese es el enigma. Abrámosle nuestra puerta al designio... o tendremos un nuevo fantasma, como tío Eustaquio. ¿Comprende?

—Perfectamente, pero...

—¿Entonces por qué no me sonrío como a un amigo?

El hombre, a su pesar, sonrío.

—¡Eso está bien, Richard; siempre me gustó la gente que ríe!

—Me llamo Cristóbal, Cristóbal Estado.

—Es igual, Richard. ¿A qué te dedicas?

Antes que Cristóbal le responda, aparece la camarera.

—¡Al fin llegaste, belleza; qué alegría verte de nuevo! —dice Claudio, vivaz—. Precisamente le estaba hablando de ti a Richard —y a éste— Ella es Constanca.

La muchacha y Cristóbal se miran un tanto sorprendidos. Luego ella balbucea un débil “Mucho gusto”, dando vueltas la vacía bandeja entre las manos.

—¿Por qué le dijo que me llamo Richard y que estábamos hablando de ella? —pregunta luego Cristóbal, con dureza—. No es correcto... *

—¿No es correcto hacer sentir a la gente que uno se preocupa de ellos, que somos una sola gran familia?

—Me refiero a la forma en que lo hizo.

—¿No te habrás enojado, no?

—¡Es molesto!

Claudio se encoge de hombros.

—Todo el mundo debe conocerse —comenta casi hostil—. He declarado la guerra al extraño. Por eso me pinté este letrero en los ojos.

—¿Letrero?

(*) Amable lector: conociendo profundamente a Claudio con su extraña costumbre de nombrar las personas según la visión que le representan; y, sabiendo que en este caso persistirá en llamar Richard al buen Cristóbal, hemos convenido en respetar su costumbre, con lo que evitaremos confusiones. Quede establecido, pues, que Cristóbal es Richard y Richard es Cristóbal. (N. de los A.)

—¿No lo ves?

—No. Sólo veo una mirada sospechosamente brillante y escucho una voz que no respeta las reglas de urbanidad.

—¿Es cierto que no eres capaz de leer el letrero?

—Ciertísimo, ¿que dice?

—¡Queda estrictamente prohibido! —anuncia Claudio con lentitud.

Richard, vuelve a coger la idea de que tiene que vérselas con un loco.

—¡Vuelves a alejarte! —acusa Claudio.

—¿Alejarme?

—¡Sí! No te conté lo de tío Eustaquio por hablar. Te vi tan encerrado, tan solo... ¿Rechazas la visita?

—Compréndame; no soy su tío Eustaquio: Soy Cristóbal Estado y espero a alguien.

—¡Ooh, eso no tiene importancia; yo también espero a alguien!

—¿Aquí? —pregunta Richard, sorprendido.

—Bueno, aquí, en la calle, en el cine, en una casa, en la plaza... o en ninguna parte: me es igual.

—¡No estará esperando al viento, supongo!

—Noo. El está allí fuera..., y lo conozco.

—¿Y a quién esperas?, no.

—No. ¡No le he visto nunca! No sé cómo es... Hay días en que ni siquiera estoy seguro de su existencia...

—¿Se está burlando de mí?

—¡Señoor, le estoy abriendo mi corazón! ¿Sabes?, a veces siento miedo de esta cita, creo no estar preparado; no me explico la causa...

(Aunque disgustado, Richard sentía ahora una tendencia indefinida a escuchar; quizás aquello se debiera a cierta candorosidad, a cierto aire de revolucionario ingenuo que advertía en Claudio; tal vez fuera eso: una vaga nostalgia por lo que nunca supo experimentar).

...ayer, por ejemplo, estaba esperando en una plaza, cuando vi venir una señora con un niño... Hasta aquí, como puedes ver, todo iba perfectamente; pero, al pasar a mi lado, el muchachito me miró y sonrió. Era rubio, ingenuo, hermoso. Cuando se alejaron, su sonrisa quedó como suspendida en el aire. Entonces me adentré por ella hasta mí mismo. Me vi de pantalones cortos, risueño, el pelo alborotado... Vi todo lo que ya no existe: la escuela, las pequeñas niñas rubias, el viejo circo, las bolitas de cristal y el trompo que nunca pude hacer bailar. Estuvo frente a mi la joven voz de mi madre y la calle ancha que iba hacia la casa de Ruth... El tiempo era un alegre potro desbocado y yo iba sobre él y tras él: pleno, ansioso, jocundo. Entonces, Richard, no existían odios, temores ni búsquedas..., sobre todo búsquedas. Entonces sólo era el regocijo de vivir y la calle ancha que iba hacia la casa de Ruth.

“Y fue en ese preciso momento que alguien rió, lloró o se murió; no sé. No sé qué eco brutal fue el que destrozó la sonrisa que había colgada en el aire. Y yo me vi de nuevo, envejecido y solo, en medio de una inmensa plaza. Entonces tuve por primera vez la sensación del fracaso. ¡Oh, Dios, dije, oh, Dios, qué putas hiciste con mis sueños! Me sentí aplastado, defraudado, oprimido... Y hui

de la cita. No esperé. Me fui a la casa dando tum-bos como un ebrio y me encerré con llave. Atran-qué la puerta y les pedí a todos que me negaran si alguien iba a buscarme... —repentinamente el to-no de su voz cambia, al agregar, como arrepenti-do de lo dicho—: ¡Pero yo soy como el viento! y el estúpido temor al encuentro me ataca muy de tarde en tarde. De ordinario espero la cita como ahora: feliz, entero, animoso. Terriblemente agra-decido de la vida por el milagro que ha de produ-cirse. ¡Qué importa no saber cómo es, ni quién es, ni cuándo se producirá el encuentro! ¡Qué im-porta saber si existe o no, si ella va a llegar? —que-da mirándolo con aquella especie de sonrisa a la que Richard no llega a acostumbrarse.

—¿De modo que esperas a una mujer? —Ri-chard sonrío, sintiéndose repentinamente más se-guro de sí— ¿No te parece una locura esperar ba-jo la lluvia una mujer que ni siquiera conoces? Dime: ¿Cómo la reconocerás cuando aparezca?

—Por su nombre. Se llama Selva.

Y sin transición:

—Perdona.

Se levanta despojándose de su chaquetón. Al reparar en las prendas de Richard, que están col-gadas, lanza un silbido de admiración:

—¡Qué soberbio abrigo. Qué colosal sombre-ro. Qué derroche de paraguas! Tú eres un tipo que sabe lo que es la buena vida. ¡Claro que lo eres! —regresa a su asiento y apunta al otro con el dedo— ¿Salita de estar y salita de no estar? ¿Cortinas de macramé? ¿Los maestros de la mú-sica clásica bien visibles? ¿Biblioteca de premios

nóbeles?

Richard vacila ante la insólita andanada de preguntas. Y de pronto percibe claramente que aquello no es un juego.

—Prosigue —dice con calma—. Continúa hasta el final.

—El final no existe, Richard. Somos un camino sin fin. Sólo los chatos de espíritu buscan la palabra fin en el camino.

—No me refería a nosotros, sino a lo que estás tratando de arrastrarme: acláralo.

Claudio sonríe.

—No hay nada que aclarar.

—¿Estás seguro?

—¡Segurísimo, no podemos arrogarnos la facultad de leer el destino.

—Talvez sólo seas un charlatán...

—¿Charlatán, Richard? ¡Qué perspicaz!

—Claudio parece sinceramente extrañado— ¡He vivido veintinueve vertiginosos años; recorrido siete países; conocido cientos de personas; graduado con las más altas calificaciones en no recuerdo cuántas especialidades, y lo único que se te ocurre para definirme, es decir que soy un charlatán! ¡Qué perspicaz, qué agudo, qué sutil!

—¡Es mi impresión! —responde el otro, picado— No estoy obligado a estar al tanto de tus títulos.

—Bueno. No tiene importancia... ¡Así es que tú también esperas a alguien...! Claro que tu personaje debe ser terriblemente real. Seguro, digamos... tangible, palpable; monótonamente real —hace un gesto de disculpa— ¡Es mi impresión,

no? ¿Hombre? ¿Mujer?

—Mujer, mi novia. De ahí mi reticencia a tu compañía.

—¿Sólo de ahí?

—¡Desde luego!

—¿Bonita?

Richard hace un gesto ambiguo. Claudio prosigue comprensivo:

—¡No tiene importancia. La belleza es efímera. Yo me he enamorado cientos de veces de mujeres horribles!

—¡No he dicho que fuese fea!

—¡Tampoco, que fuera hermosa...! ¡No eres un tipo sincero, Richard! Pero no importa: eres un libro abierto para mí —saca un paquete de cigarrillos y le ofrece.

—Gracias, ya te dije que no fumo.

—¿Ni eso?

—Ni eso.

—¡Mm! ¡Corrección sintomática! Veo tu tragedia: la llevas al cine, la besas, la acaricias un poco, sólo si te ha tocado en suerte un asiento en la última fila; le cuentas de tu trabajo; le preguntas calurosamente por la salud de sus familiares y... ¡Bruumm!; que sin darte cuenta, pasa el tiempo y debes llevarla a su casa... ¡Quedándote muerto de ganas de poseerla!

—¡Oiga, qué demonios...

—¡Qué! ¿No tienes novia?

—¡Sí, pero...

—¿No es codiciable?

—Naturalmente que lo es. Pero lo que quiero decirle, es que no acostumbro discutir mis proble-

mas íntimos con desconocidos. Yo no le conozco a usted.

Claudio sonríe. Richard desdeña de cuando en cuando el tuteo, como interponiendo una obligada diferencia.

—Pero, ¿no estamos compartiendo amigablemente la misma mesa? —insiste Claudio.

—¡Usted se sentó desfachatadamente a mi mesa. Yo no lo invité!

—¡Pero, qué arcaico eres! ¿Es preciso que conozcas mil años a una persona para charlar con ella? ¿O vienes de otro planeta? ¿No eres de carne y hueso? ¡Qué asco! ¿Qué hay entonces de los grandes sentimientos humanos? ¿La bondad, la convivencia y la amistad, no significan nada para ti?

—¡Le he dicho que no soy su amigo!... ¿Por qué no terminamos de una vez esta absurda charla y se retira?

—¿Cómo? ¿Qué no somos amigos? ¡Me acabas de contar que tienes novia y que la estás esperando para llevarla al cine! Incluso dejaste entrever que es excitante y deseas poseerla lo más pronto posible, pero que esa acomodaticia cosa que llamas decencia te lo impide.

—¡Jamás he hablado con usted de esas cosas!

—¡Cómo iba a saber yo que tenías novia y que era apetitosa? ¡Me lo contaste tú...! ¿Reconoces haberme contado que tenías novia?

—¡Bueno, bueno, lo dije, terminemos! ¡Váyase!

—¿Deseas poseerla?

—¡Basta. Basta!

—No te excites... Tus noches son horribles, lo sé. Sangritas en la vigilia por su cuerpo lejano...! Quizás haces cosas de colegial. Conmover. Totalmente conmovedor: me produces una sensación mixta de pena y rabia... ¿Qué edad tienes?

—¡Usted está loco. Retírese!

—No temas. No se lo diré a nadie. ¿Treinta y dos? ¿Treinta y cuatro? ¿Quizás mi misma edad...? ¡Dilo! ¡Dilo!

Richard se muerde los labios. Clava sus ojos en los de él durante un breve instante. Se produce un pesado silencio. Al fin parece relajarse:

—Pues, treinta cómodos años, si eso te alivia.

—¡Treinta años y tan momificado? ¡Qué horror...! ¡Es espantoso...! ¿Has fornicado?

—¡Qué demonios dices?

—¿Has fornicado, Richard?

Richard contrae imperceptiblemente la boca.

—¡Déjate de decir tonterías...!

Los ojos de Claudio brillan triunfantes:

—¡Te evades! ¡Eres virgen!

—¡Desde luego que no lo soy!

—¡Ya! Tus padres eran ricos y te fornicabas a las empleadas.

“¡Maldita sea mi costumbre de venir a este café —se dice Richard con furia—; pero Luz debe estar por llegar...”

—Mis padres no eran ricos —dice, lo más serenamente que puede—. Algo poseían, pero no para llamarlos así... Tampoco lo otro es cierto: nunca hice eso con las empleadas.

—Lo hiciste —se obstina Claudio—. Y te edu-

caste en un colegio de curas muy bien pagado.

—Otro disparo al aire. Bien pagado era, pero no de curas.

—¡Entonces... por qué demonios eres así?

—¿Así? ¿Cómo?

—Tan correctito... tan estirado... tan muerto. ¡Sí! Eres seguro y quieto como un muerto —abruptamente—: ¿Crees en Dios, Richard?

El aludido queda nuevamente en silencio. Qui-siera poder adivinar lo que se oculta tras “la máscara sonriente”. ¿Se irá a burlar también de Dios? Comprende que un simple monosílabo, afirmativo o no, en este caso no basta. Decide entonces integrarse al juego. Y buscando la forma más cáustica, trata de zaherirlo:

—Puedo seguirte cuando hablas en serio; pero no extemporices... Tomemos cada uno el lugar que le corresponde, así habrá una equivalencia exacta entre pregunta y respuesta... o una profundidad, si lo prefieres; yo no sirvo para jugar a la gallina ciega... Sospecho que eres un resentido social. Un vago que se cree con derecho a que le paguen un café, a cambio de unas cuantas barbaridades. Por un momento, lo confieso, admiré tu romanticismo y resolución, cuando hablabas de esa espera en la plaza y en las calles... ¡Lástima de talento perdido! Créemelo: con insultos y blandronadas no vas a arreglar jamás el mundo, al contrario, sólo le proporcionarás quebrantos y retrasos.

“¡Disciplina! Eso es lo único que puede salvarnos en esta época desquiciada, donde cada cual quiere aparecer distinto; donde nadie se conforma

con su lugar; donde todos quieren imponer sus ideas, nunca las mejores, sino las más cómodas. Hoy tropieza uno a cada paso con ejemplos vivos de ideas corrompidas y pobredumbre moral. Con los pretextos más descabellados, algunos se aferran a cualquier nueva filosofía, por repulsiva que sea. Quien más, quien menos, todos tratan de eludir responsabilidades. Los nuevos profetas claman por el amor libre; la repartición de lo ajeno y la holganza remunerada. La justicia y la ley, los últimos pilares que sustentan el edificio de nuestra civilización, son objetos de escarnio y puestos en tela de juicio. Se llegará, estoy seguro, a proclamar que el delito no debe pagarlo el delincuente, sino la víctima... Y tú estás en medio de esa podredumbre. Ofreciendo tu talento y tus conocimientos para ahondar más y más el caos. Traicionando a todos los que depositaron su confianza en ti... Es un triste papel el que representas en la vida, Claudio.

Este, tranquilamente:

—¿Terminaste de recitar “La novena de las sombras grises”? Ahora contesta mi pregunta. ¿Crees en Dios?

—Por supuesto. ¿Te enseñaron también que eso era un pecado?

—En este caso, mi querido Richard, la palabra “enseñar” carece de solvencia. Hay cosas que no se enseñan... son aquellas que tú traes al nacer, como el color de los ojos o la forma de las manos. Mi vida carece de cercos. Aborrezco los límites. No acepto un solo mandato que vaya contra mi alegría y dignidad de hombre infinito.

—¡Infinito!

—¡Desde luego! ¿O crees que voy a morir cuando cierre los ojos? Yo no bebo en la copa del esclavo. ¡Soy eterno, Richard, eterno! ¡El hombre es una llama inviolable!

—Ya te lo dije: para mí, vivir estrafalariamente, es negar los cimientos de la existencia. No somos una manada de ciegos. Tenemos una importante misión que cumplir: crecer y progresar. Me preguntaste si creía en Dios; pero no es cuestión de creer o no creer, sino de integrarse o huir. Eres libre para aceptar o rechazar la ley de tus semejantes. Pero en esa libertad de elección se juega Dios su confianza en ti... Niega tu responsabilidad y te quedarás solo. Eres un visionario de la nada. Malgastas inútilmente tu vida soñando con lo que no existe. Déjate de vanas disculpas: Tu camino es el mismo que a mí me dieron, pero te falta coraje para aceptar la verdad y cargar con ella. Tú estás fuera del juego por débil y cobarde, botaste tu carga, la que todos hemos aceptado, para inventar horizontes que no existen. Así ocultas tu incapacidad, tu ineptitud. Pero mientras tanto te pudres como una caña hueca... ¡Eres un parásito! ¡Me das pena! ¡Tú nunca podrías hacerme daño!

Claudio le mira intensamente:

—“Contempla el fuego, contempla las nubes. Y cuando surjan los presagios y comiencen a sonar en tu alma las voces, abandónate a ellas, sin preguntarte antes si le conviene o le parece bien al resto. Con eso no haces más que echarte a perder, tomar la acera burguesa y fosilizarte.

Nuestro Dios se llama Abraxas y es Dios y Demonio al mismo tiempo: Entraña en sí el mundo luminoso y oscuro. Abraxas no tiene nada que oponer a ninguno de tus pensamientos ni tus sueños. Pero te abandonará cuando llegues a ser normal e irreprochable": Herman Hesse.

—Bonito, pero impracticable. ¡Qué mundo de locos seríamos! La selva, siempre la selva como escudo.

Claudio se exalta:

—¡Qué podrido estás, Richard; qué perdido, podrido y petrificado! —luego de una breve pausa parece recapacitar— ¡Pero sólo tienes treinta años...! ¡Quizás aún sea tiempo...! —golpea la mesa— ¡Sí! ¡Te salvaré! Probablemente no lo puedas resistir... Aunque talvez sí... ¡Es una nueva forma de ronda! —enervado— ¿Vives con tus padres aún?

—No —responde el otro, divertido—. Murieron hace mucho; pero... ¿qué es eso de una nueva forma de ronda... y de qué tienes que salvarme?

—No lo entenderías. ¿En qué trabajas?

—No sé lo que pretendes ahora, aunque... Después de todo me estás resultando divertido. Trabajo en el Ministerio de Apelaciones. Un excelente puesto, dicen algunos.

—Me lo temía. ¿Hiciste algo malo o bueno en tu infancia...? digamos, algo sobresaliente, que recuerdes, añoses o desees olvidar.

—Bueno... lo que todos. Nada en especial.

—¿No hiciste ni siquiera llorar a tu madre? ¿No mataste algún animal, maldita sea, o te gustó alguna niña que no pudiste conseguir? ¡No!

hiciste nada, absolutamente nada, aparte de comer y dormir?

—¿Debía matar a alguien o drogarme? Perdona, pero no se me ocurrió.

—¿Así que fuiste estatua de niño, estatua de adolescente; hoy, estatua de hombre y te preparas tranquilamente para ser estatua de viejo? ¡Pero de qué asqueroso material estás hecho?... ¿Te casarás cuando hayas terminado de pagar la casa que compraste en el barrio alto y la hayas amoblado completamente?

—¡No me salgas ahora conque me conoces!

—¡Sí. Te conozco increíblemente! A través de los años, por mi profesión, he visto una infinidad de polichinelas como tú. ¿Ella eligió los colores de la fachada y los dormitorios, no es cierto?

—Cierto —corroboraba Richard, divertido por el gesto casi desolado de Claudio.

—Te dijo el estilo de muebles que desea: “ése, ningún otro, por ningún motivo”.

—Es natural.

—Deja entrever que no le gustan ciertos conocidos tuyos, que por lo demás, a ti tampoco te agradan demasiado.

—Exacto. Muy lógico por lo demás. Una mujer debe velar por el prestigio de su marido.

—Richard —advierte Claudio, tajante—, debes coger a esa mujer lo más pronto que puedas. Ahora mismo si te es posible. Mañana puede ser tarde.

—¿Casarme? ¿Ahora?

—¡No, no, casarte no: cogerla, poseerla! ¿Entiendes? Ciscarte en la cuestión moral y llevarla

a tu lecho. Domarla. Tienes que hacerla tuya tierna y brutalmente. Eso es muy importante. No lo olvides: tierna y brutalmente.

—¡Te propasas de nuevo!

—¡Te propasas! ¡Te propasas! —le grita Claudio, enardecido— ¡Idiota! Es tu primer paso hacia la vida. ¡Sacúdete! ¡Despierta! ¡Vibra! ¡Debo hacer de ti un hombre!... ¿Por qué pones esa cara de acoso? ¿Eres impotente...? ¿O realmente no la deseas...? —se alza inopinadamente de su asiento y queda frente a él, escrutando ansiosamente su reacción— ¿Cómo es ella? ¿Blanca, morena, trigueña? ¿La crees frígida? ¿Tiene pechos? —las palabras salen de sus labios, rápidas, secas, cortantes como latigazos— ¿Se llama Aurora, Sara, Eugenia?

Richard, se inquieta.

—¡Cálmate, hombre, cálmate. No hagas escándalo.

—¿Graciela? ¿Ernestina?

—¡No, hombre, no! Se llama Luz, Luz Alicia. Claudio queda inmóvil, estupefacto; el asombro más grande pasea por su rostro.

—¿Luz...? ¿Has dicho, Luz, Richard...? ¡Es... es increíble...! ¡Y lo cambia todo! —vuelve a sentarse, conmovido. Diríase hechizado por el nombre, el que le parece un súbito presagio.

—¿Qué es increíble? —inquire Richard, sorprendido por el brusco giro de su actitud— ¿Qué es lo que cambia todo?

—No... no lo comprenderías —dice Claudio, sumido en una especie de éxtasis— Se llama Luz —repite embelesado— Se llama Luz y viene a mí...

¡Alguien sale de ronda por Claudio. Es maravilloso!

—¡No entiendo absolutamente nada! ¿Qué nueva patraña es ésta de luz y ronda?

—Sucede que algunas veces, al salir de ronda...

—¡Pero de qué maldita ronda me estás hablando!

—De la ronda de las manos ajenas, naturalmente. Pero si no me dejas continuar no veo cómo puedas entenderme... Como decía, algunas noches, al llegar de ronda, sentía que a pesar de todo había algo aquí —se toca el pecho—, hondo, muy hondo, que continuaba solo. La cita que no se cumplía. ¿Comprendes? Esa secreta añoranza era lo que me negaba la armonía total; lo que a veces me hacía andar y andar sin ir a ninguna parte... ¿Has sentido alguna vez la sensación de que la vida es muy estrecha... que semeja una cárcel sin muros y sin puertas?... ¿Has ido alguna vez hacia ninguna parte, Richard? —vacila un momento— ¡No, claro que no! Tú eres uno de esos tipos que tienen una libreta azul llena de hitos inamovibles: martes, cine; miércoles, partido; jueves, conferencia; viernes, los amigos. En fin. Eres un autómatas, un zombie. Un auténtico e irreprochable zombie. Pero allá tú. Lo que quería decirte era que, a veces, después de todo soy humano, no me sentía completamente realizado: me faltaba lo que Lía encontró en Silverio, esa gota de fulgor que hace estallar el vaso... sí, eso es... ¡Richard, amado Richard, eres un profeta!

—¡Profeta ahora!

—¡Naturalmente, Richard! ¡Eres, rotunda y definitivamente, un profeta! ¿No acabas de anunciarme que se llama Luz y viene a mí? ¡Te abrazaría, mi buen zahorí!

—¿Sería mucho pedirte que me aclararas a qué luz te refieres?

—¡Pues a ella... a Luz Alicia, como tú la llamas!

Richard lanza una estruendosa carcajada.

—¿Por qué te ríes tan escandalosamente? ¿Te parece gracioso? Según mis conocimientos, tienes que lamentarte, gritar, o tratar de golpearme: ¡Eres un ser normal! —se encoge de hombros— Bueno, es mejor que lo tomes así. Una escena de hombre frustrado siempre es desagradable —reflexiona unos segundos, sin reparar en la tensa fijeza conque Richard comienza a observarlo— ¿Crees que es virgen?... ¡No, seguramente no lo es. Pero no tiene importancia. ¿Qué queda en su corazón del que la poseyó primero? ¡Nada! Ruinas. La mujer es sólo del que logra poseer su alma. Sí, para mí es virgen. Me...

El insoportable desparpajo conque Claudio habla de su novia, resulta demasiado fuerte para el recatado Richard, que le interrumpe violentamente:

—¡Basta, chiflado. Esto ya no tiene nombre! He soportado tus impertinencias durante media hora, sólo porque te creí un loco inofensivo... Pero no tienes el menor sentido de las proporciones. ¡Eres un descarado, un cínico!... ¡Si ahora no te retiras inmediatamente, pediré que te echen... o lo haré yo!

Claudio le queda mirando perplejo. Es tal su asombro que tartamudea:

—¿Tú... trezarte a golpes, conmigo... aquí? ¿Armar desorden? ¡No me hagas reír!... Soportarás cuanto te diga y mucho más, por temor al qué dirán. ¡Estás marcado a fuego por la rutina; eres un mueble más en este café! ¿Te imaginas lo ridículo, avergonzado y humillado que te sentirías si llegase Luz y me viese golpeándote como a un niño? ¿Qué pensaría si fuese vapuleado frente a ella? —enciende parsimoniosamente un cigarrillo, para dejarle sopesar sus palabras. Luego sigue, acuciante—: ¿Por qué tiembles, Richard, es furia o miedo? —su pasividad lo exacerba, siente deseos de golpear ese terso y confundido rostro; sacarlo del absurdo pantano celeste en el que se deja hundir— No temas —dice en el tono más hiriente que puede—, no te haré nada. Mira, ni siquiera influiré en ella para que me elija: lo dejaré enteramente a su criterio.

Richard es el caos. La ira y el rencor bullen en su interior, agitándose como seres vivos; pero algo consigue quietarlo, es una especie de subcorriente de temor, que le angustia, pues reconoce más fuerte que toda su indignación. Se siente atrapado en una sucia celda de cobardía. ¿Por qué no logra vencer ese miedo irrazonable...? Por primera vez tiene conciencia de su vulnerabilidad. Una desconocida opresión lanza sus anzuelos para enredar sus entrañas. ¡Cómo le gustaría poder aplastar esa sonrisa que lo empequeñece! Pero ese hombre era inasible, inherible...

contra él no servían las reglas cuidadosamente aprendidas desde la infancia. ¿Qué faltaba...? y ¿qué tenía Claudio que le hacía inmune frente a él? Se sabía un hombre culto, sólido, progresista y secretamente admirado por sus semejantes. Y había bastado un tarambana alucinado, para humillar toda la dignidad, seguridad e importancia de su vida. ¡No! —recapacitó— aquello contrariaba demasiado abiertamente a la lógica. No podía permitirlo. De alguna manera, Claudio había planteado las cosas de modo que parecieran un enfrentamiento de dos personalidades; de dos posiciones existenciales. Pero estaba equivocado: no podía haber enfrentamiento alguno entre un hombre de su posición y un vagabundo... Pronto llegaría Luz y Claudio desaparecería para siempre de sus vidas. ¿Por qué había pensado tanta estupidez? El no podía trenzarse a golpes, era cierto... aunque eso no demostraba absolutamente nada.

—¡Váyase —ordena sordamente—. Váyase y déjeme en paz de una vez!

—¿Por qué se demora tanto ella? ¿Siempre te desprecia de este modo? —pregunta Claudio, cáustico, desarmándole de nuevo con sus ilógicas actitudes.

Algo como un cansancio, una mala resignación o un sombrío abandono, invade a Richard. Tiene la impresión de haber cruzado una frontera desconocida y hallarse en una tierra carnavalesca y fútil, en la que no tiene cabida. El café ya no es y probablemente nunca vuelva a ser el pequeño refugio donde las horas transcurrían espaciales y firmes. Desmoronada definitivamente

la reconfortante presunción de su superioridad queda casi indefenso. Es lo que no acaba de perdonarse: su falta de talento, de fe y coraje, para penetrar el mundo de Claudio y destruirlo.

Un hombre indiferente, inmunizado contra todos los deberes y responsabilidades, no puede existir, se dice, o, por lo menos, propagarse. Trata entonces afanosamente de ordenar sus ideas y salir de la fungosa trampa en que se debate. Los graves insultos inferidos, significaban más una predisposición anti tradicional, que una imprecación a su persona. Richard comprendió que la discusión, para él grave y profunda, debía discernir dos posiciones existenciales: una lógica y otra execrable; sólo que ambos se disputaban la primera, y adjudicaban al otro la segunda.

de improviso, llana y profunda como un milagro.

Tal vez bastaba con enfrentar a Claudio con la realidad, puesto que... ¿Qué tenía para vanagloriarse? Con todo el esplendor de su filosofía, no había conseguido siquiera conquistar una mujer. Se sintió entonces instalado ferreamente en la vida, irradiando confianza, seguridad.

Entonces preguntó:

—¿A qué te dedicas, aparte de importunar a tus semejantes?

—¡Ahá. Veo que te has tomado el turno de las preguntas! Bien. Decorador de interiores . . . ¡Continúa!

—¿Nunca te ha cogido la sensación común de casarte y tener hijos?

—La forma en que lo preguntas es gruesa e incompetente y hace imposible una respuesta.

Infierno, querido Richard, que lo que pretendes decir, es... si no me siento en el aire... o incompleto y... en cierto sentido, vano... Si es así, entra a tallar entonces tu lastimosa necesidad de explicación: ¡Pues no! Casarse no es para mí un acto mecánico, ineludible! No existe una obligación ni una necesidad de enlace. Yo no busco tener hijos sólo para perpetuarme a través de su presencia; para que expliquen y justifiquen como positivo mi paso por la tierra. Selva, la mujer que lleva mi poema en sus entrañas, surgirá frente a mí Y sabremos recién que ya existimos, cuando nazcan en nosotros las voces sagradas, ajenas por completo a tradición y costumbres... Si no aparece, pues no hay tragedia. Simplemente no existía. Y sigamos viviendo puesto que siempre podemos esperar... ¿Algo más?

—¿Qué edad tienes?

—Ya te la dije: veintinueve misglos, o años. Como prefieras.

—¡Y en veintinueve años no has logrado encontrar a Selva!

—Está por llegar... ¡No lo olvides!

—La que llegará es mi novia.

—Lo era, Richard.

—¡No lo digas con tanta propiedad!

—No te exaltes... ¿O se te pasó el efecto de la inyección de superioridad que te pusiste hace un momento? ¡Cómo me divertí con tu baño de lógica y genealogía! —súbitamente se pone serio. Luego, secamente—. ¡Compréndeme, te estoy enfrentando a un género de redención bastante brutal, pero del que saldrás convertido en un ser

vivo, consciente de tu misión humana.

—No me asustas. Me haces reír. Todo en ti me mueve a risa, Claudio.

—Eso está bien: un hombre que pierde a su novia, debe reír. Porque eso es incontrarrestable: te quedarás solo... ¿Sabes? No hay nada más terriblemente justo y grande que la vida. Yo no pedía nada a cambio de convertirte en hombre —porque eres sólo una sombra—. Y la vida me ha otorgado la recompensa de un milagro. ¡Pero no te desanimes! Hay tantos caminos abiertos... Y uno nunca sabe lo que está escrito en el suyo. Ella no estaba en tus caminos... Sí, quizás la conociste sólo para guardarla hasta este encuentro... Es otra la que te espera, Richard. Búscala, pero no como a un objeto. Nunca amándote tú. Cuando sientas por alguien lo que yo, por Luz Alicia, comprenderás mis palabras.

—¡Ni siquiera la conoces, imbécil!

—¡La espero hace veintinueve años y dices que no la conozco?

—¡Por muy loco que seas, eso es absurdo! Además, ella es mí novia!

Claudio, golpeando con el puño sobre la mesa, grita violentamente:

—¡Me la robaste a mí! ¡A mí!

La camarera aparece ante ellos como por arte de magia, inquiriendo detalles, nerviosamente.

Claudio resta importancia al asunto:

—¡No es nada, no es nada, belleza! —luego, con expresión ingenua—. ¿No puede uno contar una película a un amigo, sin que corras a participar? ¿Por qué no haces como tu patrón y te

sientas tranquilamente? —le toca la barbilla, sin que ella atine a oponerse—. Limitate a traer más café, preciosa.

Y al otro cliente, que observa, curioso:

—¿Se sirve otro?

—No, gracias. Ya me iba...

—¡Entonces vaya con Dios, parroquiano! —reteniendo a la muchacha que va hacia el cliente—
¡Trae cigarrillos también, hermosísima. Y una maravillosa sonrisa para Richard, porque la película parece que no le gustó. ¿Verdad, Richard? —este esboza un simulacro de sonrisa—. Claudio vuelve a sentarse, como si nada hubiese ocurrido. Richard mira la hora.

—¿Intranquilo? —interroga Claudio de inmediato—. No te preocupes. Ya llegará. Ella es así. Siempre lo ha sido por lo demás... Recuerdas cuando la invitaste a ver *Blow Up* y llegó atrasada en casi media hora y perdieron las entradas? ¡Y tú que habías vistos antes la película para lucirte! ¿Cuál fue la causa real de tu enojo —se burla— su atraso o la perdida oportunidad de mostrarte superior?

Richard acusa un sobresalto.

—¿Verdaderamente tú me conoces? ¿Qué pretendes? ¿Dónde me conociste?... ¡Eso lo aclara todo!...

—¡He vivido veintinueve años, Richard; te he visto, sentido, olido y aborrecido en cientos de partes! ¡Te conozco tanto como Reno a mí!

—¿Reno ahora? ¿Quién es ése?

—Mi otro yo. Algún día te lo presentaré... aunque dudo que hagan buenas migas —se acerca

a él como quien revela un secreto terrible—. El es violento y te odia.

—Lo imagino... aunque no entiendo claramente por qué.

—Dice que le impides mirar la vida como a un bello cuadro. Que desentonas. Asegura que eres una sombra enorme que se cierne sobre él.

—¡Jamás te he tomado en cuenta! La gente como tú me deja indiferente.

—Precisamente, Richard, precisamente: eres una amenaza invisible. Estás en todas partes. Inmóvil e invisible, esperando, acechando. ¿Acaso sabía yo que amenazabas mi felicidad? ¿Podría haber imaginado, al verte por la calle, que eras tú quien retenía mi encuentro con Selva? Da un sincero vistazo a tu vida y a tu imagen, Richard, y respóndeme.

Richard, cautamente:

—¿Por qué no podría yo rechazar tu ley, como tú rechazas la mía?

—¡Buena pregunta! Simplemente porque tú no tienes nada que ofrecer. Estás hundido, perdido en un "Nosotros" que no significa sino multitud, masa. No posees yo, sino tradición: la costumbre es tu Reno, un Reno amorfo, gastado e inerte.

—Ese es sólo tu punto de vista. Demuéstrame palmariamente lo que afirmas y te concederé importancia... Para ti soy un objeto; para mí eres una prolongación absurda de la nada. ¿Qué poseemos para probar como buenos nuestros puntos de vista? Eso es lo importante, Claudio. Si hay una sola gota de resentimiento en tu posición, no

vales nada... Dime, ¿por qué pretendes llevarme a tu vereda?

—¡Por el bien de la humanidad y por tu propio desenvolvimiento a través de las edades... ¡Pero tienes razón! Sí, en cierto sentido tienes razón: no se trata de particulares puntos de vista. De ese modo no llegaríamos jamás a una conclusión. ¡Déjemonos ir. El final de nuestro encuentro será la solución del problema.

—¡Por lo que a mí respecta, este es el final!

—Estás equivocado, no puedes torcer el designio!

—¡Debo irme!

—¡Selva no ha llegado!

—A eso me refiero, cuando llegue Luz me iré. ¡No puedo quedarme eternamente a tu lado para demostrarte algo que en el fondo no me interesa en absoluto, puesto que me siento plenamente vivo..., y pienamente conforme.

—No creo que nos hayan reunido sólo para distraernos un rato, Richard.

—¿Reunido? ¿Quién?

—El sagrado proceso de selección natural. El ineludible proceso... Entretanto, sigamos: como decía, yo no me escondo, no me evado. En una palabra, no me castro con tradición para huir de la realidad.

—¡Yo no me castro!

—¡Lo haces!

—Tú eres quien se dopa con cinismo. No soportas la paz porque en ella no eres nada!

—¿Y hacia donde te lleva esa hermosa paz, obtenida cerrándole las puertas al resto del mun-

do, querido Richard? ¡creces y te multiplicas en un invernadero! ¡Yo no sigo la vida: yo soy la vida. No tengo raíces ni cadenas!

Richard se siente cogido en una mezcla de pensamiento; una mezcla pegajosa, desesperanzada. Desea huir, descansar, pero algo le obliga a permanecer frente a ese demonio sonriente. Ya ni siquiera está seguro de que sea Luz quien lo mantiene clavado en el lugar. Iracundo y agotado como un ebrio, busca desesperadamente la palabra exacta, demoledora, irrefutable, puesto que el otro, se dice, ya no reconoce límites.

“¡Cómo explicarle —piensa— que no deseo nada, que sólo quiero vivir en paz?”.

La desquiciante situación lo tiene exhausto, frenético. Se siente al borde de la náusea. Se remueve inquieto, mientras el otro lo observa.

“¿Por qué no se irá de una maldita vez y me deja tranquilo? Me sofoca... Pero no estoy en absoluto entregado a él —reflexiona—, sólo que esta situación es demasiado irreal para ser combatida por la lógica”.

Su duda, su temor, le parece ya natural. Trata de justificarse a sí mismo y lentamente va develando el caos: “Esto es algo que no existe —piensa—, una situación accidental, transitoria. Nada grave está en juego. Los presagios de este tipo son producto de su imaginación enfermiza... No debo descontrolarme... ¡Eso es!... ¿Qué me dijo? Ah, sí: que él no sigue la vida; que es la vida; que no tiene cadenas ni raíces... ¡Tengo que decirle algo fuerte y demostrarle que no le concedo ninguna importancia a sus acomodadizas profe-

sías”...

—Te sobreestimas descontroladamente, Claudio —dice al fin—; tú no posees ningún valor intrínseco. La lógica más elemental te elimina como ser trascendente... ¡Compréndeme! La evolución te necesita como una pausa, como un respiro para seguir avanzando. En una idea general, eres algo así como la colación de un obrero.

—¡Magnífica estocada! —aprueba Claudio—... Si yo no fuera lo que soy: un símbolo. Un hombre que de pronto se detuvo y echó a andar por dentro de sí mismo. En cuanto a la lógica, Richard, has de saber que existen dos tipos: la tradicional y la individual. En otras palabras, tú y yo. La lógica tradición, teñida de inercia, comprende a un vasto grupo; la segunda, que cojo en las mañanas, alborozadamente, es fresca, imprevista, auténtica y fugaz, fugaz para no enraizarse y trocarse en lógica tradicional, opaca y limitada. Mi lógica es eminentemente creativa. Hablas de evolución. ¿Qué sería de ella sin mi avasallante libertad? ¿Podría crear, siguiendo la senda miope de tus pasos encadenados al ritual? Tú creas por imperativo ancestral; por sobrevivir. Yo me adelanto, quiero salvarte de ser ahogado por la marea del tiempo. Te enseñaron a respetar, a no improvisar, a no atreverte a hacer nada que no estuviese sólidamente prestigiado por el tiempo como recomendable. ¿Y en qué has quedado convertido? ¡En una cosa sin novia sin casa y sin fe!

—¿Quién dice eso, señor Destino?

—“La lógica más elemental”. ¿Quién puede salir de ronda por un hombre que cerca su casa

de fieras, decrepitas y cojas, pero fieras al fin? Sólo cuando tu pecho sea una mañana abierta, integrarás la ronda y nadie podrá dañarte. Ya está dicho que lo que no mata endurece, Richard..., espero que tengas el coraje de no odiarme cuando quedes solo.

—¡Oh no, San Claudio. Ya que haces esto por mí, en cuanto llegue a casa te levanto un altar!

—¿Chanceas?

—¿Y qué más puedo hacer si no dices una sola cosa que tenga sentido común? —repentinamente se pone serio—. Bueno, basta.

—¿Basta? ¿de qué?

—Pues de todo ésto, de esta tontería. Luz está al llegar y... en fin, sería conveniente terminar nuestra charla —posesionado de su papel, corrige el nudo de su corbata, se mira los puños y sonríe amablemente—. Señor Claudio Talío, o como quiera que te llames, la comedia por lo que a mí respecta, he terminado. Te prometo que ha sido el tiempo de espera más extraño que he vivido. Y, aún cuando a ratos me sentí verdaderamente confundido e irritado, seamos sincero, me he divertido bastante. Ha sido una experiencia singular. Eres un buen actor, me atrevería a decir, un extraordinario actor... ¿Puedo continuar el tuteo? —Claudio, que lo observa con gran curiosidad, hace un gesto afirmativo— ¿Sí?, gracias... Bien, como decía, sospecho que estás ensayando un papel y he sido tú..., digamos conejillo de indias. No te lo reprocho. aún cuando debes convenir que sobrepasaste ampliamente del texto, cualquiera que éste haya sido. —mira la hora— Bien, espe-

ro no haberte defraudado —le extiende la mano como para despedirse— ¡Ha sido un placer, Cris-tóbal Estado!

Claudio se la estrecha calurosamente:

—¡Bien, Richard, bien! A las huidas hay que darles un barniz digno. Que no parezcan fugas, evasiones, sino despedidas... Así tu Reno no te molestará con monsergas sobre el valor, la lucha, el honor y todas esas cosas que molestan. ¡Bravo, Richard! Admiro tu presencia de ánimo en este ingrato momento. ¡Abur, Richard! le hablaré maravillas de ti a Selva.

—¡Es que no vas a terminar nunca esta farsa?

—¿Farsa? ¡Es el momento más grande de mi vida! ¡No más soledad, ni búsquedas, ni retazos de sombra colgando del tiempo: encontré a Selva y todo es luz! ¡Todo es ronda, Richard; todo lo que existe sobre la tierra es amor!

Richard se echa hacia atrás, espantado:

—¡Pareces sincero!

—¡Desde luego que lo soy! ¿Puede mentir un hombre feliz?

—¿Así... todo lo que has dicho... es cierto? ¿Lo crees?

—¡Jamás he despreciado y amado tanto como esta noche!

—¡Pero entonces estás verdaderamente loco! ¿Cómo puedes pretender... es... es inconcebible! Dí que es sólo una broma. ¡Dilo de una maldita vez!

—Es cierto, Richard. ¡Inexorablemente cierto!

—¿Inexorablemente cierto? —se extraña

Richard.

—Desde luego. ¡Inexorablemente cierto!

—¿Verdaderamente, inexorablemente cierto?

Claudio, porfiado:

—¡Sí, verdaderamente, inexorablemente cierto!

Richard ríe, parece aliviado.

—Por un momento creí que... lograste preocuparme otra vez, payaso. Si no hubiese sido por esa deschavetada frase, de nuevo hubiera creído que hablabas en serio.

—¿De modo que no sabes lo que quiere decir inexorablemente?

—Desde luego que lo sé; pero usado de ese modo y en un momento como éste... bueno, resulta una soberana astracanada.

—¿Astracanada? ¿Soberana astracanada? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues... pues, una estupidez, una...

—¿Una reina estupidez?

—No, hombre, no. He usado el término soberano, como sinónimo de grande, magnífico, mayúsculo.

—¿Así es que, según tu personalísimo punto de vista, he dicho algo magnífico? ¿De modo que te parece grande, fastuoso, excelente y magnífico que te deje sin novia? ¡Eres una genial piedra del camino!

—¡Oh, Dios, volvemos a lo mismo: el despreciable burgués, la espera, el encuentro, la novia robada...

—Un momento, señor Richard. Aclaremos: Yo no te avasallo. No te salgo al camino ni te despojo. No, no, nada de eso. Me limito a acatar, humilde y

dichosamente, la ley de la equivalencia, aquella que dice, escrita a fuego invisible: "Tome cada cual lo que le corresponde". Soy un artista, es decir, un puñal presto a abrirse las propias entrañas en la búsqueda y defensa de su verdad. Nací durante el reinado de Numbra...

—¿Numbra?

—Sí. La diosa de las sombras, de ahí viene "penumbra", que es "la pena de Numbra"... Bien, decía que nací durante el reinado de Numbra, una noche alucinada en el mes de Tenfenero, en que se confundieron la lejanía y el frenesí. De ellos me vienen la tristeza y el furor; y el bárbaro designio celeste de ser el que hiere y el que alivia. Tú, en cambio, eres un hacinamiento de carne y huesos, con una piel y un camino señalado hace millones de años. Tu vida es simplemente un rito cotidiano. Eres una hoguera gris de días que se consume a sí misma. Jamás podrás salirte del marco —lo traza en el aire—: dormir, comer, trabajar y atesorar. De todo corazón te digo, tu reproducción debiera estar prohibida, por chata, mezquina y ciega. ¡Y pretendes disputarme el amor de Selva, a mí, a mí que soy la sangre de la vida! ¡Qué necio, qué ingenuo eres, Richard!

Las demoledoras frases de Claudio traspasan de parte a parte a Richard. Le hacen bambalearse penosamente entre la furia y el idiotizante temor al escándalo. Odia a Claudio; a Luz que no llega; al café vacío de clientes; y se odia a sí mismo, con angustia, con desesperación. Las palabras yacen rotas e inútiles en algún lugar de su cuerpo. Ya no sirven, no significan nada. Ha sido puesto ino-

pinadamente en ese lugar en que se huye o se ataca. Pero no puede hacer ninguna de las dos cosas.

—Cálmate, Richard. Tú no tienes la culpa. Sor los malditos preceptos.

—¡No me compadezcas, imbécil!

—No te compadezco. A un instrumento no se le compadece ni se le odia: se le ayuda. Yo estoy contigo, aunque no puedas o no quieras comprenderlo. De esta necrélida tormenta en que te sientes cogido, saldrás renovado, limpio y puro. ¿Qué derecho me arrego? Hace unos momentos lo dijiste, ¿recuerdas?: "...tenemos una importante misión que cumplir".

Richard, tenso; los labios apretados, blancos, duros:

—¡Vete... Por lo que más quieras, vete! ¡Déjame en paz de una vez!

—¿Ahora? Ya es tarde... Mira hacia la puerta: parece que es ella... Selva.

—¿Luz? —Richard gira rápidamente sobre su asiento y clava la vista en la recién llegada—. ¡Sí, es ella —confirma con velada angustia—. Luego advierte, inquieto. ¡No digas tonterías en su presencia, por favor!

Pero Claudio está demasiado conmovido para responderle.

Ella es alta, blanca. Recién transpuesto el umbral del café, se detiene para cerrar el semiabierto paragua, que pliega sus alas como un pájaro manso. Luego pasea la vista por el desierto local. Al descubrir a Richard agita la mano saludándole. Se despoja entonces del impermeable que

cuelga en el perchero y sacude su espléndida cabellera, negra como la piel de un diamante.

Al verla avanzar sonriente hacia ellos, Claudio murmura a media voz:

—Silmoruna..., eso es ella..., una silenciosa mariposa nocturna.

Luz, ajena a la impresión que le ha causado, saluda a Claudio brevemente y luego besa a Richard en la mejilla.

—Me atrasé un poco... —se disculpa, haciendo un mohín picaresco. Y al percibir la rigidez que late tras la sonrisa de Richard—: ¿Te sucede algo, querido?

—Sí —interviene Claudio, vivaz— está profundamente impresionado por el tema del último cuadro que estoy pintando... ¡Pero tome asiento, tome asiento! —exclama amabilísimo, mientras se levanta y le acerca una silla— ¡Debe venir helada! —tañe las manos llamando a la camarera a grandes voces—: ¡Señorita, señorita!

Y cuando ésta aparece, apresuradamente:

—Traiga una maravillosa taza de café para la dama... ¿Una pizca de aguardiente? —insinúa obsequioso.

Luz lo observa divertida. Luego mira al enfoscado Richard, como buscando su opinión.

—Sí, te hará bien, querida —aprueba éste, vagamente contento por haber sido consultado.

Con esto queda confirmado el pedido y la camarera se retira, dejando en su lugar un extraño silencio que se instala entre ellos. Después de un instante, Luz, un tanto inquieta por el huraño gesto de Richard y las penetrantes miradas que

le dirige Claudio exclama:

—Nunca me habías contado que tenías un amigo pintor.

—¡Oh, Selva (*), Richard es demasiado reservado, incluso para eso —explica Claudio en tono conciliador.

Ella lo mira sorprendida:

—¿Selva? ¿Richard?

—No te alarmes, querida —dice Richard, cauteloso—. Es un tipo malcriado que se divierte inventando historias raras y cambiando el nombre a la gente. Yo no lo conozco. Te esperaba cuando llegó aquí y se sentó a mi lado. Ahora dice que es pintor... No creas nada de lo que te diga, absolutamente nada.

—No es correcto lo que haces, Richard —se defiende Claudio—. No eres serio. Selva puede...

—¿Por qué, Selva? —le interrumpe Luz, divertida.

Claudio la mira un instante, luego responde con lentitud.

—Porque eres como la diosa de un selvaraje, y al fondo de tus ojos sangrita el llamado de panteras y gacelas. Porque hay una cascada dormida de silencio detrás de tus palabras, y en tu sangre yace agazapada una promesa de muerte y otra de vida eterna... ¿Con cuál se encontrará el que acuda a tu llamado?...

—¿Con cuál cree usted? —replica ésta, secretamente halagada.

(*) Amable lector: por las mismas razones anteriormente expuestas, habremos de llamar "Selva" a "Luz", por lo menos, mientras se empecine Claudio. ¡Qué hacerle! (Los autores)

—Creo que sólo puedes responderlo tú...

—¡No te permitas esas licencias! —advierte Richard, golpeando la mesa.

—¡No he hecho nada malo! —protesta Claudio, asombrado—. ¡Pero qué genio tan disparejo tienes!... ¿He dicho algo ofensivo, Selva?

—Nnno, no me parece.

—¡No le permitas que te llame Selva! —insiste Richard, irritado.

—Pero ese es su verdadero nombre! Tú lo sabes muy bien..., —y a ella—. ¿No es cierto que tu nombre es Selva?

—No, por supuesto... Qué extraño nombre me puso... Me llamo Luz, Luz Alicia, y él es Cristóbal Estado, mi prometido.

Claudio, impulsivamente, le tiende la mano, que ella estrecha casi por reflejo:

—¡Gracias, Selva, por hacer realidad el encuentro! —hace un gesto displicente—. A Richard ya lo conozco.

—¡Qué empecinado es usted! —ríe ella.

—¡Y qué cínico! —refrenda Richard, acremente.

—No, eso no —niega Claudio—, sólo sincero... Pero hubo una vez en que me sentí ir demasiado lejos —agrega caviloso— una ocasión en que perdí la realidad y el estado consciente. Fue extraordinario, angustioso... Cuando recuperé mi identidad y mi condición de análisis, no pude comprender qué había hecho ni por qué..., parecía la culminación de algo inombrable..., o un acto de justicia, olvidada, ineludible... no sé... aún no estoy seguro... —Selva mira a Richard, interrogante,

Claudio capta la mirada y aclara—: ¡No, no divago. Fue al terminar mi último cuadro. Y aún hoy, cuando lo miro, no puedo evitar un estremecimiento por cierta sensación de horror y plenitud...

Aparece la camarera. Deja lo pedido sobre la mesa, con altivez, dirigiendo al retirarse una helada mirada a Claudio.

Luz, sin probar el café:

—¿Ese cuadro del que habla, qué representa?

—¡Hay tantas cosas bellas de que hablar, Selva, —responde Claudio, retomando su aire jubiloso—, que no es justo hablar sobre estados de angustia.

—Por favor... —insiste, interesada.

—No le pidas imposibles, querida —tercia Richard, punzante—. Es otra de sus invenciones. Ya te dije que se dedica a eso. Por lo demás —agrega, dando una rápida mirada a su reloj— se nos está haciendo tarde.

—¡Llueve horrorosamente, Richard —le recrimina Claudio—. ¿No pretenderás que Selva coja una pulmonía, no? Además aún no prueba su café...

—Tenemos las entradas, señor...

—¿Antonioni?

—No. Maurice Chevalier.

—¡Chevalier! —grita casi, Claudio.

—¿Qué tiene de malo, Chevalier? —se encabrita Richard— su viejo estilo es un bálsamo en medio del aquelarre de gritos y contorsiones a que estamos sometidos.

—¿Vas..., contenta? —interroga Claudio. in-

quisitivo.

—Fue idea de Cristóbal. Pero no me desagrada. ¡Eso sí que no me muevo de aquí si no me dices qué representa tu cuadro!

—¡Pero Luz —protesta Richard, molesto al advertir el tuteo— ya te dije que...

Esta le toma una mano, mirándole suplicante. Richard hace una mueca de reprobación, pero no continúa.

—¿Verdaderamente quieres saberlo? —sibiliza Claudio—. Tal vez te haga daño...

—¡No importa —se obstina ella—, tú has picado mi curiosidad! ¿Qué puede ser aquello que confunda a su propio creador? ¡Y un creador tan deshinibido!... ¡Vamos, dílo!

—Está bien. Tú serás la primera mujer que va a saberlo. Escucha... Escucha tú también, Richard: el arte es para todos... Se ve una tormenta; pero tormenta como aquella sólo puede verse en sueños. Más que tormenta, es un caos... —cogido por el relato, acciona con las manos mientras describe el cuadro—; una ebullición de furias: los relámpagos, brotando de todos los ángulos, semejan aullidos amarillos brincando enloquecidos, golpeando, injuriando; haciéndose trizas en una orgía de odio y terror... Las nubes, rojas y azulinas, arden arremolinadas, tensas, crispadas en furor demoníaco. Todo parece destruir y llorar. Desde el fondo del tiempo, roncós e interminables, surgen los truenos, envolviendo todo en un espanto de sollozos... Y en medio de ese terrorífico crujir y gemir, zaherida, hay una cruz resplandeciente, con fragmentos brillantes y oscuros..., como tallada

en auroras y noches... Y en medio de ella... —calla, indeciso, preocupado.

—Sigue, sigue —insta Selva, apremiante—
¿Qué hay en la cruz?

—Sí, dilo, dilo hombre —hace eco, Richard, también interesado—. En realidad parece ser algo inusual.

—Antes es preciso aclarar algo —previene Claudio, con cierta gravedad—. Existe en la vida otra cruz y otro crucificado... La única soledad real que conozco es la suya... Tal vez eso me hizo llevarlo al lienzo... Lo vi casi tierno, casi humano en medio de su eterno abandono. La de él es la única soledad sin esperanza de redención... —vuelve a detenerse, para agregar luego ofuscado—.
¡No, no es posible decirlo así! Un cuadro no puede contarse como un cuento o una película. Menos un cuadro como ése..., sólo quien lo vea puede desentrañar el enigma: la dualidad humana y el equilibrio traicionado. Descubrirá su propia vida oculta. Lo soterrado, lo diabólico o angelical que yace en sus profundidades... Se interpretará a sí mismo... Aquel que lo vea puede sucumbir o elevarse; pero jamás ser el mismo... ¡Cambiará!

Selva lo mira largamente.

—Tienes una forma rara de hablar... —murmura— como si buscaras algo.

—No, nada. Apenas una mano blanca y pequeña. Esa es la consumación y la salvación.

—Estabas hablando del cuadro —le recuerda Richard, con prontitud—. Decías que quien lo viera ya no volvía a ser nunca el mismo. ¿Cambiate tú?

—No se lo preguntes, querido, preferiría pensar que siempre ha sido igual: alegre, jovial, desprejuiciado.

Richard carraspea, incómodo.

—¿Sabes, Luz, que este alocado podría tomar tus palabras como una declaración?

—¡Vamos, no seas celoso —replica ella, regocijada—, es sólo un muchacho encantador!

—¡Merci, prinsse! —agradece Claudio, con una alegre venia.

Y sorprendentemente:

—Bien, ahora debo irme.

Selva siente un raro vacío en torno a ella.

—¿Te vas? —pregunta incrédula— ¿Por qué?

—Se les hace tarde...

—¡Pero no puedes irte sin contarnos el motivo de tu cuadro! ¡No se lo permitas, Cristóbal!

—¡Déjalo, querida —gruñe éste con aspereza, deseoso de librarse de una vez por todas de Claudio—. Lo conozco bien: sólo desea aparecer importante. Por lo demás, si por una de esas absurdas cosas de la vida, ha pintado en realidad un buen cuadro, ya lo veremos por ahí, o leeremos algo al respecto.

—¡Pero yo quiero saberlo ahora! —porfía Selva, impetuosa—. ¡Vamos —estimula a Claudio—, dímelo!

—Las palabras reflejan demasiado pálidamente el significado de ese cuadro, Selva —se obstina Claudio—. No puedo condensar en una frase la creación de toda una vida... No sentirías el impacto. Sólo te aportaría unos instantes de asombro... Compréndeme, no puedo. Prefiero ver la reacción

de la gente que... —vacila—. Si tú... si ustedes quisieran ser los primeros... ¿Se atreven? Sería extraordinario para mí verlos frente a mi cuadro...

—¡No —se opone Richard, rápidamente— gracias, pero no podemos. Ya estamos atrasados.

—¡Pero Cristóbal, nos está ofreciendo una oportunidad única! —se molesta Selva.

—¿Insinúas que debemos ir?

—Seremos los primeros, querido. Tú sabes que siempre me entusiasmó el arte.

—¡No, Luz, eso no!

—Siempre dices que mis deseos son los tuyos, pero nunca lo demuestras —se queja Selva, mimosa— Al cine podemos ir cualquier día; pero esto es algo nuevo, casi... un hallazgo. Cristóbal, no podemos dejarlo pasar.

—No te enfades con Richard, Selva —interviene Claudio, mordaz— él no puede salirse de su itinerario... ni siquiera por ti.

Richard comprende que la invitación de Claudio ha hecho perder todo interés a Luz por cualquier otro espectáculo. Una velada con ella, de ese talante, resultaría fría, opaca y penosa. Su negativa pues, no tiene objeto; como no sea hacer una grieta de una simple trizadura. Maldiciendo ferozmente a Claudio, para sus adentros, consciente en el tono más digno que puede:

—Está bien, Luz. pero sólo estaremos un instante.

La casa de Claudio es una de esas viejas casonas de principio de siglo, pobladas de historias, piezas y corredores. Situada en una empedrada calle, apartada del centro, parece dormitar bajo el delgado cendal de la lluvia que agoniza con el invierno.

Cierto aire conventual, cierta tristeza monástica que la circunda, hace pensar al transeunte en el retiro plácido y calmo con que sueña la vejez. No obstante, su interior desmiente a la primera ojeada la promesa exterior, pues si el desorden es signo o señal de vida, cada habitación crepita de vida y entusiasmo.

La disposición de objetos y muebles, es una carcajada de burla al concepto tradicional. Es lo que la familia llama: “el orden natural” y el “Vive como quieras” impera allí con el orgullo de tantos años, que constituye ya una especie de blasón familiar.

En el living, sembrado de libros, está Susana madre de Claudio. Viste unos viejos pantalones amplios y lleva la cabeza atada con un pañuelo. Parada sobre una silla, revisa libros en un anaquel alto. Daniel, padre de Claudio, sentado ante la mesita de centro, clasifica con gran atención

un enorme insectario. En el suelo, cerca de él, hay un florero con flores añejas. Lía, la hija menor, sentada en el suelo sobre una alfombra, talla un pequeño tronco. Viste pantalones y aire de niña cándida.

Cada uno parece ensimismado en su labor. Se diría que nadie repara en la presencia de los otros. De tiempo en tiempo se oye el golpe de un libro, al que se sacude para quitarle el polvo, o una reflexión en voz baja. Monólogos éstos que nadie interrumpe ni escucha, luego, de nuevo el silencio.

Lía eleva el tronco semitallado a la altura de sus ojos, observándolo desde todos los ángulos con mirada crítica.

—¡No, no es esto! —exclama— Le falta ingenuidad. Hmm. La ingenuidad debe ser representada mediante curvas suaves, voluptuosas. Sólo el contacto endurece la línea, formándole pequeños ángulos bajo la piel, como un recuerdo de las emociones fuertes. ¡Hmm! Conforman una especie de memoria que se adivina en la superficie, desdibujando sutilmente la redondez natural.

Luego de una larga mirada a la figura, prosigue su labor con nuevos bríos.

Susana golpea furiosamente un libro polvoriento. Lee su título en el lomo porque en la cubierta ha desaparecido y luego lo hojea, sorprendida.

—La perdida “Memoria de monsieur Lafayette” —ríe— ¡Aah, viejo bribón!

Como unido a su risa, se escucha el estrépito de la puerta al abrirse y aparecen Claudio, Richard

y Selva.

—¡Salud, familia —grita Claudio, levantando una mano—. Luego presenta—: He aquí mi primavera: Selva, o el prólogo de un concierto celeste. Y he aquí un amigo: Richard, o el eslabón del designio.

—¡Hola! —responde la familia a coro— ¡Bienvenido!

Selva y Richard dan apagadamente un “Buenas noche”.

—Vaya manera de presentarnos —sonríe Selva—. Eres incorregible, Claudio.

Este ignora el reproche.

—Asiento, princesa, —ofrece, solícito.

Luego se sienta a su lado olvidando completamente a Richard, quien, luego de un instante de vacilación, se sienta a su vez, sumamente molesto al comprobar que nadie se preocupa de él.

Sigue un instante de espectación para los visitantes. La familia ha reanudado sus labores, lo que contribuye a aumentar la tensión de Richard, que tiene una vaga y curiosa sensación de hallarse atrapado. Allí queda mirando el desorden del lugar, perplejo, lanzando de cuando en cuando, duras miradas al sonriente e imperturbable Claudio. Selva, por su parte, aprovecha los breves instantes de silencio para observar todo con gran atención y curiosidad.

Daniel alza la vista para preguntar alternativamente a Selva y Cristóbal:

—¿Alguno de ustedes sabe algo de insectos?

—¿Insectos? —pregunta Richard a su vez, asombrado—. No, no me alcanza el tiempo para

asunto tan... delicado —termina con ironía.

—Yo tampoco —responde Selva, al ser consultada con la vista.

—Es una lástima —se duele Daniel, ignorando el sarcasmo de Richard—. Es un tema que me apasiona. Siempre he pensado que el hombre tiene la obligación de conocer y comprender el medio que le rodea. El ser humano no es lo único que se mueve en el escenario, y no tiene derecho a excluir de su conocimiento formas menores que, no obstante, a veces deparan al investigador magníficas sorpresas. Me ocupo ahora de insectos y de algas. El mundo de las algas es extraordinario. ¿Sabía usted que se conocen unas dieciseis mil especies de algas? No olvide —continúa, sin dar tiempo al otro a contestar— que de un tipo de las algas cianofíceas, algunos biólogos insisten en cimentar el origen de algunas especies superiores de animales. Y otras teorías más audaces, la relacionan directamente con el origen del hombre. —Queda un instante pensativo, luego prosigue como para sí—. Quizás la teoría no sea del todo absurda, puesto que algunas especies, como el *Fucus*, se reproducen por huevos, un alga bruna que abunda en ciertas costas.

“Actualmente experimento con la espirogira, un tipo de alga filamentosa de agua dulce. El proceso de reproducción es muy interesante. Para reproducirse, ésta coloca dos filamentos paralelamente. En cada uno aguardan las células, frente a frente. Luego las células comienzan a prolongarse, en un movimiento recíproco, o una especie de beso procreador, para terminar por fundirse al con-

traerse el protoplasma de una célula y fusionarse en la otra, formando así el huevo. Yo he logrado suspender indefinidamente el proceso procreativo mediante el cloroformo, con el que el alga se adormece, porque ¿sabía usted que todas las plantas pueden ser cloroformadas?

Dentro del caos que toda esta situación le ha producido a Richard, advierte sólo una sensación bien definida: ira. Una ira sorda, atroz. Todos parecen esperar su respuesta, incluso Selva, y ahí estaba él, sintiéndose ridículo y pequeño. Al fin responde con los dientes apretados:

—No. No lo sabía.

—¿Quizás conozcan algún autor fracasado... —interviene Susana— o tengan alguna obra desconocida...?

—¿Autor fracasado? —exclama Selva, perpleja—. Creo que, lógicamente no los conoce nadie, es decir, fuera del círculo de sus parientes y amigos... —ríe.

—Si no han trascendido con sus obras —apoya Richard— es porque no valían la pena. Yo conozco sólo a los escritores o poetas famosos. ¿Quién se preocupa de los otros?

—¡Yo! —exclama Susana—. Estos libros que ven aquí —señala un estante con orgulloso gesto—, son los mayores fracasos de la humanidad. ¡El más puro silencio! ¡El más casto olvido! La reserva más densa y magnífica los acogió cuando fueron publicados —acaricia un libro, embelesada—. ¡Cuánto sentimiento virgen! —continúa— ¡Cuántas sensaciones e ideas blancas, limpias de publicidad, encierran estas obras; porque todo libro se

vulgariza un poco cuando entrega sus ideas a la gran masa. Esta las consume, las digiere y luego las mixtifica... —queda un instante en silencio—. ¿No les parece magnífico conocerlas?

Selva y Cristóbal se miran intrigados. Este se encoge de hombros. Claudio mira a Selva, absorto, concentrado.

—Pensarán que es absurdo —continúa Susana— pero hacen mal en despreciar estos libros. Yo probaré algún día, que en el campo estético se ha despreciado exactamente la mitad del talento creador. Y es curioso —prosigue pensativa—. Las obras ignoradas representan la antítesis del concepto estimado como clásico, en el sentido de la lógica... Hemos atentado contra el equilibrio. Yo pienso que no hay nada que deba desdeñarse, so pena de seguir ignorando ciertas regiones del alma humana.

Queda un instante en silencio, meditativa, luego prosigue su labor de revisión.

“He aquí una de las mejores antologías de locos que he conocido en mi vida —se dice Richard— Si no fuese por Claudio hasta me agradecería quedarme. Estas especies no se ven todos los días”. Instintivamente mira su reloj.

—Claudio —empieza—, no te olvides que nos prometiste...

—Yo estoy trabajando en una obra que simboliza la pureza más allá del tiempo —interrumpe Lía, alegremente, mostrando su tallado—. Porque hay dos tipos de pureza: la del niño y la del hombre diagonal. La del niño no me interesa —hace un mohín—. Es obvio que existe por falta de tiempo; es un producto de la inmadurez... ¿Com-

prenden? En cambio, la del hombre diagonal, es una pureza mantenida a través de los años, insobornable por efecto de una fuga psíquica a un plano diferente, a una región... —cierra los ojos como buscando el término exacto— ¡Blanca! ¡Eso es! Y allí permanece... ¿Qué creen ustedes que es más importante en el símbolo, las manos o los ojos?

Calla, pensativa, mientras los interrogados se miran desconcertados.

—Debe carecer de ojos o de brazos —continúa Lía—. ¿Qué opinan ustedes?

—No sé —balbucea Selva—. No soy artista, aunque admiro mucho el arte... pero, no me atrevo a sugerirle nada.

Richard no puede evitar una ironía:

—Quizás sería mejor que careciera de ambas cosas —opina destempladamente.

—¡Ooh! —protesta Lía, ofendida— ¡Qué consejo!

Claudio lanza una carcajada:

—¡Vamos, pequeña, no te enojés! —se para y toma a Lía de la cintura, alzándola. Ella ríe. Luego la deposita en el suelo y la besa en la frente—. ¡Ve y prepáranos una taza de café. Y no te enojés con Richard, es un buen muchacho.

—Buena idea, querida —dice Daniel—, tráenos un café.

Susana, siempre revisando libros, comenta sin dirigirse a nadie:

—¿Sabén? Cuando se inviertan los valores, los autores fracasados serán admirados como genios.

—¿Qué hay del cuadro, Claudio? —dice Selva.

—Olvídate de él, princesa... es mejor —responde éste luego de una vacilación, un tanto sombrío

—Recuerda que sólo vinimos a eso —interviene Richard, tenso.

—Tú nos prometiste... —comienza Selva.

—¡Aaah, vinieron a ver el cuadro de Claudio! —interrumpe Daniel—. Es difícil que se los muestre... Es terriblemente celoso con ellos. Yo no lo apruebo —advierte, un tanto apesadumbrado—. Este muchacho es algo extraño. Tenía una colección de treinta y cinco pinturas. El trabajo de muchos años. Todas magníficas. Pero un buen día llegó aquí huraño y abatido. Se encerró en su cuarto, con llave, y pidió ser negado si alguien lo buscaba. Supusimos que había sufrido alguna decepción y no lo incomodamos; pero al día siguiente nos dimos cuenta que había destrozado sus treinta y cinco cuadros para iniciar uno nuevo. Según él, el resumen de todos, la conclusión, la esencia de sí mismo... Muchos críticos se vieron defraudados por el desaparecimiento de esas obras; le habían ofrecido una fortuna por ellas, pero Claudio se rió. Les dijo que jamás engañaría a nadie con esas obras, que eran una basura y que ellos carecían por completo de sentido estético. Tres días estuvo encerrado en su taller, pintando. Sin comer ni dormir. No hubo forma de persuadirlo. Se encerró con llave, sordo y obstinado. Al cuarto día, salió pálido y desencajado, pero feliz. Cerró el cuarto con llave y se fue a dormir. Hasta hoy día, nadie lo conoce...

—Nadie podría haber evitado ese cuadro —re-

pone Claudio a media voz—. Yo mismo no pude. Fue un dictado, una especie de transmigración diabólica... o celeste. No lo sé.

—¡Qué interesante! —anota Selva, atraída por el relato—. Ahora más que nunca deseo conocerlo... ¿Tan terrible es tu cuadro, Claudio?

La entrada de Lía interrumpe la conversación.

—¡He aquí el café lírico! —exclama alegremente—: una copa de sombra cogida bajo el ruedo de la capa del invierno.

La vivacidad de la muchacha, su natural alegría, pinta sonrisas en los rostros, incluso en los de Richard y Claudio, el que desde la escena del café, aparecía completamente diferente.

Su cambio de actitud no había pasado desapercibido para Selva. ¿Quién era él en realidad? ¿Un artista? ¿Un farsante? ¿Un místico? ¿Un loco? Aun cuando toda la familia le parecía diferente, un tanto excéntrica, Claudio, se dijo, iba más lejos. Por instantes podía casi palpar su atención fija en ella. Entonces se olvidaba de Richard y del resto de la familia, para abandonarse en una agradable y extraña entrega psíquica, a la poderosa atmósfera de admiración que parecía envolverla. Intuía que estaba dejándose subyugar por la poderosa personalidad de Claudio, pero aun cuando la lógica le reprochaba su actitud, persistía en animar y continuar el juego.

La actividad mental de Claudio, en tanto, es un remolino. Una lucha sorda clava sus banderas en nombre de la fascinación y en contra del humanista; en contra del artista o a favor del

hombre.

Richard, por su parte, se impacienta: ¿Dónde termina la tolerancia impuesta por las buenas costumbres y la educación y empieza a asomar la falta de personalidad?

Se lo había preguntado ya varias veces en el transcurso de la conversación. Decididamente la velada proyectada con su novia se había frustrado con la aparición de Claudio en el café. Inconscientemente, desde la llegada de Selva, había adoptado una posición defensiva. El interés, curiosidad o lo que fuese, que ella estaba demostrando por Claudio, le hería profundamente, no obstante, se resistía a reconocer un principio de celos. Su orgullo era más fuerte. ¿Podía acaso un extravagante aprendiz de artista, competir con él, con el sólo mérito de ser un tanto pintoresco y dueño de unas cuantas historias ilusas?

“Es absurdo —se repetía de cuando en cuando—. Nada debo temer. Quizás esta misma situación haga comprender a Luz la gran diferencia de este tipo de gente con raíces de viento, con la gente de mi clase”. Pero a despecho de todos sus argumentos, un temblor imperceptible anuda su estómago cuando Selva y Claudio se miran.

La pregunta de Selva sobre el cuadro había quedado vagando, interrumpida por la acción de Lía al ofrecer el café. Richard comprende, casi súbitamente, que en el juego del diálogo, debe ganar la supremacía. Contaba la opinión de Selva ante quien no debía desmerecer. Dispuesto entonces a no desaprovechar ninguna oportunidad para atacar a Claudio, comenta un tanto exa-

bruptamente:

—Me parece que no es del todo normal tu conducta, Claudio. Destrozar treinta y cinco obras para...

—¡Cristóbal! —el reproche de Selva lo desconcierta. Guarda silencio y queda mirándola. Ella continúa, dirigiéndose a Lía—: ¿Qué es eso del hombre diagonal, de que hablabas antes?

—Me refería a Silverio —responde ésta—. Yo quiero simbolizar la inocencia —le señala el tallado— para regalárselo.

—¿Y quién es Silverio? —insiste.

Claudio se pone de pie y levantando un brazo exclama con tono solemne:

—¡Silencio en la sala. Acaba de aparecer en escena, Silverio, auténtico hombre diagonal!

—Hay dos tipos de hombres puros —explica Lía—, o purezas adultas: el santo y el hombre diagonal. El santo no me interesa, puesto que me obligaría a ser buena, y ambos constituiríamos una personalidad escindida, unilateral. No habría complemento. Con el hombre diagonal, en cambio —entrecierra los ojos y acciona como acariciando algo precioso— una puede conservar toda la maldad humana, y jugar con él como si fuese un niño. Con él se logra la dualidad, el perfecto equilibrio: él, la inocencia; yo, la conciencia y la instigación del pecado.

—Pero un hombre así, con tal inocencia, sería necesariamente un enajenado... o un imbécil —protesta Selva, asombradísima.

—¡Oh, es exquisito, querida —continúa Lía, extasiada—. No puedes imaginártelo! ¡Si conocie-

ras la total ingenuidad y pureza de Silverio...! No te imaginas la sensación de vértigo que me inunda, cuando, en los momentos en que estamos a solas —hace un mohín de disgusto— que desgraciadamente son muy pocos, porque sus padres no lo dejan salir mucho, lo llevo a mi dormitorio y juego con él... y me desnudo lentamente, muy lentamente, y él ni siquiera se percata. Al final, cuando ya me he desnudado toda, me dice —imita el tono contrito—: “Oh, ya te disfrazaste... eres mala” —estira los brazos como desperezándose— ¡Aaah, es delicioso! ¿Sabes? Yo lo miro y hurgo y ni un a-so-mo de mal-dad.

Richard ríe, con sorna:

—¡Debe ser estupendo. Me lo imagino!

Selva lanza una nueva mirada de reproche a Richard, que éste sostiene ahora fríamente. Luego, dirigiéndose a Susana y Daniel, Selva les reprocha:

—¡Pero, cómo... ustedes le permiten eso!

—Esas son niñerías, querida —responde Daniel, mientras observa a la luz una bella mariposa disecada—. El sexo es una cosa pura. La maldad radica en la adopción de una actitud morbosa frente a él o en el concepto de tabú. Lía sólo se divierte.

—Exacto —interviene Susana—, además complementa en forma práctica sus investigaciones de psicopatología. Lía no se atrevería a hacerlo si supiera que Silverio reaccionaría en forma normal... porque, ya lo oíste. Silverio es totalmente inofensivo.

—Lógico —concluye Daniel— si es un hom-

bre diagonal...

Richard, incapaz de soportar más tiempo la dislocante atmósfera, se pone de pie, rabioso:

—¡Esta es una casa de locos y me importa un bledo decirlo. Accedí a venir aquí sólo porque quisiste ver el famoso cuadro, Luz; pero si “el señor” no se digna mostrarlo, y maldito el interés que tengo, nos vamos! ¡Vamos, Luz. Es suficiente, desespero por salir a la calle y volver a la normalidad —y dirigiéndose a Claudio— ¡No me interesan vuestras desquiciadas teorías. Ten ahora la bondad de abrirnos la puerta, que cerraste con llave, porque Luz y yo nos vamos!

Claudio, sonriendo, se levanta suavemente, se acerca a Richard y lo coge de las solapas:

—¿Richard...? ¡Eres un insecto! —éste trata de desasirse sin conseguirlo—. Un bicho común y silvestre que ni siquiera merece el insectario de papá!

Richard, luego de manotear, logra desprenderse. Trata de recuperar una posición digna y exclama enfurecido:

—¡Te prohíbo que me insultes. El que estés en tu casa no te da derecho a...

—¡Oooh! ¿Estás lastimado? —interrumpe el otro, burlón— ¡Pobre Richard! Frente a una ex novia siempre se debe conservar la dignidad, Richard, ¿sabes por qué? Porque ya no tendrás muchas ocasiones de justificarte y porque siempre queda la esperanza de lograr que ella piense: “¡Qué lástima, perdí un buen partido!”

Richard consigue serenarse luego de gran esfuerzo, aunque interiormente su sangre hierve. Le

desquicia más el hecho de que Claudio consiga tan fácilmente ponerlo en ridículo, que el ridículo mismo. Quiere adoptar un aire cínico, pero la ira lo traiciona:

—¿Te crees muy dueño de la situación, verdad?... Te diré algo que te dará motivos suficientes para echarme de tu casa —hace una pausa como esperando el efecto que causa su anuncio y luego continúa—. Eres un desquiciado absurdo que pierdes tu vida en teorías sacadas de la nada y que llevan exactamente a ningún lado. Eres un desambientado social. Tú y tu familia. Ustedes son los saltamontes sociales; aquello que un ser normal apunta con el dedo; la parte ridícula y pintoresca de la vida. Eso son —queda mirándoles a todos, expectante. La familia ha dejado sus quehaceres y lo miran con mucha curiosidad— ¡Vamos! —concluye confundido— ¿No nos echas?... ¡Echennos!

—¡Cristóbal —protesta Selva, asustada—, cómo puedes decir eso!

Claudio lanza una gran carcajada, luego en tono paternal:

—¡Mi pequeño Richard! Te estás repitiendo... ya me lo dijiste en el café.

—No me llames así —responde el otro, ofuscado— También te dije que mi nombre es Cristóbal.

—¿Dijiste eso sólo para que te echara? Claudio parece realmente asombrado— Vamos, éste es el único gesto que te congracia conmigo y pides que te eche. ¡Jamás!

—Fíjate qué interesante es lo que dijo, papá

—murmura Lía, volviendo a su tallado.

—Cierto —responde Daniel, pensativo— por un momento me sorprendió... lástima que no haya continuado...

—¡Vamos... ¿Richard, no? —anima Susana— continúa.

—¡No me llamo Richard, me llamo Cristóbal!

—Es cierto, Richard —insiste Claudio—, aquello de “saltamontes sociales” me parece... me parece... ¿Cómo te lo dijera!

Lía acerca un piso hasta Richard y con el rostro apoyado en las manos se apresta a escucharlo. Daniel y Susana hacen otro tanto, rodeándolo.

—Bien, Richard, te escuchamos —invita Lía.

—Sí, sí, que hable —apoya Susana—, siempre es divertido saber lo que la gente piensa de uno. Aun cuando no interesa en absoluto.

—¡Silencio! —ordena Daniel, disponiéndose a escuchar.

Claudio comienza a pasearse por la habitación:

—Ya lo ves, Richard... ¿No querrás defraudarnos, verdad?

Richard mira a Selva, que parece divertirse. Este hecho lo deja perplejo, le parece que ella ha tomado palco en la absurda comedia que se está representando. La ve lejana, ajena, fría, cruel. Por un instante la odia. Se siente solo, abandonado. “Malditos sean todos los Claudios del mundo —piensa— Maldito el instante que acepté venir a ver el dichoso cuadro”. Empuña y abre sus manos, como si ese gesto pudiera romper el silencio

o ahogar todos los rostros que se alargan hacia él, esperando que hable. “Como si algo pudiera cambiarlos... —piensa— ¿Y si me fuera? —pero recapacita enseguida— Sería muy poco airoso’.”

—¿Y bien, Richard... no dices nada...?

Mira con odio a Claudio. Luego respira profundo:

—Bien, señores masoquistas —se decide—, dije que constituían ustedes un desquiciado grupo social y lo mantengo —Selva y la familia le escuchan atentos, curiosos. Richard, sin percatarse, comienza a dar a su voz las inflexiones de quien dicta una clase. Claudio esboza una sonrisa—. La sociedad es una máquina compacta, donde cada pieza es imprescindible... Es decir, debiera serlo. Con una función humanista que jamás olvide el principio: “Ayúdate y ayudarás a la humanidad”. El hombre, como ente social, no puede ser un animal huraño y alejado del rebaño. Y ustedes, no veo qué bien prestan a la humanidad, riéndose del hombre normal que estudia, trabaja, cumple un horario, se esfuerza, sufre... ¡Qué se yo!

—¡Quizás sea cierto —asiente Lía, apenada—. Yo sufro muy poco...

—Interesante —murmura Daniel—. Muy interesante.

—Ya veo —interviene Claudio—. Lo que a ti te molesta, Richard, es nuestra falta de sufrimiento: ¡Cuidado, estás en el principio de la envidia y el odio!

—¡No. No es eso, no es eso! —protesta Richard, vivamente—. Aunque... sí, quizás vuestra apatía se derive del desconocimiento del dolor.

En esas circunstancias es muy difícil comprender el sufrimiento ajeno.

—¡Pero somos felices, mi querido Richard —le reprocha Susana con suavidad.

—¡No me llamo Cristóbal, quiero decir Richard. ¡Aaah, ustedes me vuelven loco!

—¿Entonces... no debemos ser felices? —pregunta Lía, compungida.

Richard se coge la cabeza con las manos.

—Ya lo ves, princesa —exclama Claudio, dirigiéndose a Selva—. Nuestro querido Richard es el mejor humanista al revés, sufre por nuestra felicidad.

—Debí darme cuenta que no sabrían interpretar mis palabras —gruñe Richard, encolerizándose de nuevo—. Tú tergiversas todo... A propósito... vas a dejar de llamar "princesa" a Luz.

—¿No te gusta, Luz? —se extraña Susana—. Me parece que es una bonita muchacha.

—Por supuesto que me gusta —responde éste, mirando a Selva, que sonríe con un mohín pícaresco.

—Bueno, y si te gusta —interviene Daniel—. ¿Por qué te enoja que Claudio la llame "princesa"?

—Porque es mi novia.

Claudio carraspea y sonríe. Susana insiste:

—Pero eso no cambia nada, Richard. Te gusta aunque sea tu novia ¿no es eso?

—¡No me llamo Richard! —grita éste, furioso.

—Está bien, Richard, está bien —concilia Claudio—, pero cálmate.

—¿Pero es que no se dan cuenta? —Richard parece aletado, confundido. No termina de comprenderles. Los mira un instante, como esperando que uno de esos extraños seres sonría para terminar la farsa y le diga: “Perdónenos, señor, todo esto era una broma, le entendemos perfectamente. El juego ha terminado”. Pero nadie dice nada y lo miran en cambio con mucha curiosidad. Finalmente concluye, casi resignado—: ¡No. No se dan cuenta! Ustedes no pueden comprender que a un hombre normal le molesta que piropeen a su novia. Quizás ni siquiera conciban el derecho de propiedad —hace una pausa. Luego mira a Claudio, que le observa gravemente y continúa con ironía—. Para ustedes, sentarse a una mesa ya ocupada sin que nadie les invite o pretender compartir la novia, es un acto natural. ¡Me dan pena!

—¿Pena? —pregunta Lía, sorprendida.

Claudio, siempre grave, le exhorta:

—¡Sigue, Richard. Estás empezando a comprender!

—Ahora, escúchame bien —continúa éste, dirigiéndose a Claudio y anticipándose a una nueva protesta de Lía—. Yo nunca he sido un buen conejillo de indias. Y si hasta aquí he seguido el juego, ha sido exclusivamente por curiosidad... y por complacer a Luz en el asunto del cuadro. En el fondo me he divertido bastante —se alisa el pelo con nerviosismo, sus manos tiemblan, desmintiendo la impresión de serenidad que pretende. Luego, haciendo una profunda reverencia, agrega— ¡Gracias por la interesante experiencia, “fa-

milia". Pero yo no comparto mi mesa ni mi novia con saltamontes... Ahora se hace tarde y Luz y yo nos vamos. Tu maldito cuadro dejó de interesarnos.

—Quizás no hayas reparado, hijo —tercia Daniel, con voz suave—, que en esta casa jamás se contradice a nadie. Te diré por qué. He educado a mi familia en la más amplia libertad de culto, opinión y expresión. La libertad del hombre es una cosa preciosa...

—¡Me parece que Claudio desaprovechó sus lecciones —interrumpe Richard, burlón— puesto que desconoce la libertad de culto de quienes le rodean —termina, mirando agriamente al acusado.

—Claudio es artista —replica Daniel— y el artista escapa al concepto tradicional y a la lógica; escapa incluso a nuestra propia realidad.

—La realidad no existe —apunta Claudio—. Cada hombre debe crear la suya. Fuera de él sólo existen normas, preceptos, modelos regulares de conducta.

—Bien, bien —consiente Daniel—, pero lo que quería explicar a tu amigo —Richard reprime un gesto de protesta—, es que cada ser debe formar su propia conciencia frente al bien y el mal, puesto que, como la realidad de Claudio, ninguno de los dos conceptos existe fuera del hombre. ¿Quién puede proclamar su verdad, sin lesionar verdades antagónicas? ¿Puedes tú coger mi verdad? ¿Puedo coger yo la tuya? ¡No! No podemos cruzar la vida con muletas prestadas, porque un día, un día cualquiera, frente a una situación que

exija nuestra íntima convicción, se nos quebrarían y quedaríamos inválidos. De tal manera, entonces, que no pretenderé cambiarte, puesto que debes ser auténtico.

—Me da usted la razón —exclama Richard en tono triunfante, mirando a Claudio—. Hága-selo saber a su desquiciado hijo. Dígale exactamente lo que me ha dicho...

—¡Un momento, mi querido Richard —interrumpe Claudio—. Me parece que interpretas mal. No pretendo **cambiar tu verdad**, la que no tienes, sino obligarte a que tú mismo descubras la que te corresponde. Tú sigues sólo una tradición gastada y burda. No te olvides del designio,.. El hombre debe florecer, Richard. Para ello deberás ir despojándote cotidianamente de las ajenas razones que te envuelven, que te ciñen como cepo, impidiendo a las sutiles razones, a las altas verdades, que sólo se cogen en los instantes de éxtasis o profunda meditación, penetrar y alumbrar tu semilla. Sólo es eso, Richard. Vive, vibra, corta las anclas sociales, iza tus velas y quémate en la libertad. Amanecerás renacido, y habrás cogido recién la inmensa sensación y el vértigo de "ser".

—¿Cómo podrías probarme que no he encontrado mi verdad? —pregunta Richard, despectivo.

Daniel interviene anticipándose a Claudio:

—Deduzco que han conversado, los dos, largamente el problema. He podido deducir además, que tú has venido sólo por complacer a tu novia.

—Exactamente —asiente Richard, enfático.

—Bien —continúa Daniel—, me parece que tu sola presencia demuestra tu vulnerabilidad frente a las razones de Claudio, puesto que él consiguió arrastrarte, por decirlo así, a una situación de principios que te desagrada. Eso demuestra, repito, que no tienes una sólida visión de tus propios sentimientos. Puesto que, de tenerla, habrías rechazado de un papirotazo, un antagonismo que no te vulneraba por ningún concepto. Trata de arrastrar a Claudio, a Susana o a mí, a una situación antagónica, y nos encontrarás incommovibles, puesto que ninguno de nosotros duda un sólo instante de sus propios sentimientos.

—Pueden ustedes estar tranquilos, porque jamás, a menos de que quisiera divertirme, pretendería llevar a uno de ustedes a mi medio...

—¡Cristóbal! —Selva mira a éste en forma crítica. Luego, dirigiéndose a todos—. Quizás tengan ustedes razón... —vacila— toda esta situación me es un tanto confusa... les ruego que disculpen a mi novio... es un poco... un tanto irreflexivo.

—No te disculpes, hija —interviene Susana, comprensiva—. Tampoco trates de cambiarlo. Deberá hacerlo sólo, cuando llegue el momento o sea necesario... aunque muy bien podría no hacerlo.

La tensión de Richard parece ir abandonándolo, entregándole a cambio una suave laxitud, como a un muñeco al que se le cortan los resortes. Se sume casi morbosamente en una lenta sensación de derrota. Dolorido, exclama lentamente, mientras mira a Selva:

—Gracias “familia”, por vuestra gratuita lec-

ción de “Dejar hacer es bien hacer”. Pero esencialmente, debo agradecer la oportunidad que me han dado de comprobar la poca confianza que inspiro a mi novia.

—¡Pero Richard —le reprocha Lía—, no significará eso que va a resquebrajarse vuestro idilio, me imagino!

Selva y Richard continúan mirándose fríamente.

Claudio, de pie en el centro de la habitación, con las manos tendidas hacia el techo y mirando hacia arriba, anuncia con lentitud:

—¡Exquisito! ¡Se acerca el solemne instante de la comprensión: La comprensión de la incompreensión! —súbitamente se arrodilla frente a Selva y le coge una mano, febril, mirándola a los ojos. Richard da un paso instintivamente, pero se detiene. Debe evitar el ridículo a toda costa. Conoce a su novia y sabe que cualquier escena estúpida que provoque Claudio, sabrá controlarla. “Luz pondrá a este imbécil en su lugar de una vez por todas” piensa. Aún tiene confianza en ella, y aunque mortificado por la acción de Claudio, aguarda expectante. Claudio, mirando siempre a Selva, exclama—: Selva, en el perfil de este invierno, cuando se apresta a reventar la primavera, sigilosa y magnífica; ahora, cuando comienzan a florecer los campos, que sacuden rebeldes cabelleras para llamar los pájaros; cuando alguien ha cogido una espiga, para marcar el compás de la nueva sinfonía, y el río se yergue de su lecho para incorporarse al coro de la mañana que se anuncia. Ahora, cuando ya amanecen los pájaros,

batiendo la breve sonrisa de sus alas, yo, Claudio Montaña, te declaro mi amor y te entrego mi júbilo y mi fe. Desde este instante te cedo las llaves de mi destino. Helas aquí —lleva la mano de Selva a sus labios y la besa. Luego queda con la cabeza baja, esperando su respuesta.

Daniel, Susana y Lía, aplauden regocijados:

—¡Bravo! ¡Qué bien, magnífico! ¡Bravooo!

—¡Qué conmovedor! —ironiza Richard, desencajado.

Selva sonríe abochornada. La escena le parece extraña, irreal; sin embargo sucede... y debe contestar. Trata de huir de los llameantes ojos de Claudio que permanece arrodillado a sus pies. Debería resultarte ridículo, fuera de época, grotesco; en cambio se siente invadida por una grata sensación de armonía.

—¡Oh, Claudio, levántate, me avergüenzas... No sé por qué haces esto... Ni siquiera sé si te estás burlando de mí...

—Te juro, princesa, que jamás hice algo con mayor seriedad.

—Pero es que... esto resulta insólito; no debes hacerlo... Estoy comprometida con Cristóbal, debes comprenderme.

Cogidos por la magia del instante, se han aislado. Los demás no existen. No importan.

—¿Rehusas las llaves...?

—Pero Cristóbal... él y yo...

—Una sola pregunta, princesa. ¿Lo amas?

La realidad retorna a la amplia habitación, convertida en un terso, en un frágil silencio.

Reintegrados al círculo, los espectadores pro-

yectan sus emociones sobre la pareja.

Seguro y despectivo, Richard incita a Selva:

—¡Vamos, Luz, respóndele —los observa un breve instante a todos—; respóndeles!

Esta vacila.

—No sé... Ahora no estoy segura —lo mira atribulada—. Lo siento, Cristóbal, pero quiero ser sincera —y a Claudio—. Tú también debes perdonarme, agradezco tus palabras si son sinceras; pero no puedo responderte. Además... ni siquiera me conoces.

Claudio se exalta.

—¡Dios sabe cuánto te conozco, princesa! y, aunque parezca extraño, también lo sabe Richard. ¡Cuéntale, Richard, cuéntale, viejo amigo! —va hacia él y lo toma de un brazo, febril, tratando de llevarlo hacia ella— ¡Vamos, viejo amigo, habla, dile!

Richard se desase sombríamente de la acuciante tenaza. La respuesta de Selva lo ha anonadado. Lo único que desea es estar a solas con ella para conversar y aclararlo todo.

Viejo acompañante de la vida, Daniel capta de inmediato su mensaje. “No, aquí no se puede intervenir —piensa—. Lo siento por Richard, le veo tan pocas posibilidades frente a Claudio”.

—Susana, Lía, ¿no se les olvida algo? —interfiere, socarrón, señalándoles su reloj.

Fascinadas por la escena, ellas no contestan.

—¡Se acerca la hora de la Ronda! —les recuerda entonces, molesto por lo que considera una impertinencia.

—¿Es cierto, Cristóbal —pregunta Selva,

cuando Susana y Lía han salido tras Daniel— que Claudio me conoce sin que yo lo sepa?

—¿Tiene alguna importancia eso? —pregunta a su vez Richard con acritud.

—¡Desde luego, honorable Richard, ella tiene que saberlo! —afirma Claudio, vehemente.

—¡No te he preguntado a ti. Es Luz quien debe responder!

—¡Sí, tiene mucha importancia! —se rebela Selva, dolida por su rudeza.

Richard repite entonces lo que ella le dijera antes, con una ironía que suena desolada.

—No lo sé... Ahora no estoy seguro. Ya no estoy seguro de nada. Lo siento, Luz, pero quiero ser sincero.

Selva se vuelve a Claudio, cada vez más confundida:

—Claudio, no permitiré que juegues conmigo... Ni tú ni nadie. Exijo la verdad.

—¿La verdad, princesa? La has leído en mis ojos hace unos instantes, cuando te entregué las llaves de mi destino... ¿Acaso no temblaste al percibirla? Richard lo sabe, aunque no quiera decirlo: Te he esperado desde mi adolescencia. Te conocí en mis sueños de artista. Cogí tu voz una tarde de trigales plácidos, en la quietud de un camino. Desde entonces me acompañas; saltaste de un sendero angosto y echaste a correr... Desde entonces te sigo; desde entonces te amo... ¿Puedes comprenderlo, puedes creerme?

—Sí —contesta Selva, impulsivamente—, te creo... Eres un hombre extraño...

—¡Qué conmovedor, qué tierno! —se burla

Richard, mordaz— ¡Me emocionan hasta el agotamiento! —De pronto su voz y sus facciones se endurecen— ¡Basta, no te permitiré, Luz, que continúes el juego! ¡Basta de locuras!

—Mi pequeño Richard, no hagas el Otelo —aconseja Claudio, plácidamente—. No te queda bien el papel, eres demasiado ingenuo.

A Selva le nace una sonrisa en las mejillas.

—¿Te hace mucha gracia? —se molesta Richard.

—La verdad es que el asunto la tiene —confiesa ella sin malicia.

—¿Pero, es que no te das cuenta que esto es ridículo?... ¿Vas a permitir que éste... esta cosa deschavetada e inútil se burle de ti? Este tipo y su pandilla carecen en absoluto de sensibilidad social. Les importa un soberano rábano el dolor o la desgracia ajena... Reconozco que es capaz de enamorarte; pero sólo para reírse de ti o mortificarte, porque le duele la superioridad de nuestra clase. Es un amargado, un frustrado —lenta, inconscientemente, ha ido elevando el tono de su voz, hasta bordear el grito— ¿No te das cuenta? ¡No puedes olvidar en cinco minutos, por causa de un don nadie, todos nuestros años de conocimiento, nuestros planes..., realmente no lo entiendo! ¡Jamás nos había sucedido algo parecido! No sé... es increíble, absurdo.

La retahíla de sentimientos que destilan las palabras de Richard, desconciertan un tanto a Selva, haciéndola meditar.

A Claudio, en cambio, le parece tan cómica su actitud, que lanza una estruendosa carcajada.

—¡Vamos, celestial Richard, me haces llorar! ¡No hagas el niño por favor, que el melodrama me produce alergia! —se acerca hasta quedar frente a él, el rostro transformado por aquella especie de sonrisa que hierde y ofusca a Richard—. ¿Puedo yo luchar contra el destino? ¡No, rotundamente no! —se acerca más aún, revelando en tono de confianza— Selva me pertenece, aunque ella no lo sepa.

—Si la pierdo tendrás que lamentarlo —contesta Richard rápidamente, en el mismo tono—, también eso forma parte del destino.

Susana y Lía, que llegan con un cesto lleno de paquetes, trizan la tensión.

—¡Claudio —le recuerda Susana—, es la hora de la ronda, prepárate.

—Dejó de llover, estamos con suerte —dice Lía. Y a Selva y Richard—: ¿Ustedes vendrán con nosotros, verdad?

—¡Buena idea, hija —corrobora Daniel, que viene entrando—, les hará bien ir de ronda con nosotros.

—¿De ronda? —se extraña Selva— ¿De qué se trata?

—Claudio la llama “La Ronda de las Manos Ajenas” —explica Lía, mientras arregla los cestos con Susana y Daniel—. Todas las noches salimos por los suburbios de la ciudad a dar dinero y alimento a los mendigos.

—¿Salen todas las noches? —pregunta Selva, sin ocultar su admiración—. Debe ser extraordinario...

—Casi todas las noches —cuenta Susana—.

Es parte de nuestra tradición familiar.

—Cierto, reafirma Daniel—, es un hábito nuestro, como dormir o comer. ¿Vendrán con nosotros?

—No sé... —duda Selva, mirando a Richard— me gustaría, pero es él quien debe decidirlo...

Richard no puede reprimir un gesto de satisfacción. Y deseando dejar bien sentada su autoridad, niega, lenta, triunfalmente, con un movimiento de cabeza.

—Acompáñanos y te mostraré a la “Reina de las Manos Ajenas”, princesa —ofrece Claudio, con rapidez y vehemencia.

—¿La reina de quienes...?

—La reina del país de las manos ajenas —completa Claudio—. Es una mendiga de porte soberbio, frente amplia y altanera. Su continente aristocrático nos llena de admiración.

—Debe ser divertido.

—¡No, no; todo, menos eso! ¡Si la conocieras!... Viste un raído sayal, con la majestad de una reina. Jamás extiende la mano para pedir una limona. Si pasas por su lado y le ofreces dinero, lo tomará con la mayor dignidad, dándote las gracias como quien otorga una audiencia. ¿Sabes una cosa? Es tal la majestad que emana de su presencia, que si acepta tu ofrecimiento, te queda la sensación que eres tú quien recibe el favor y ella quien lo otorga.

—Es cierto, Selva —reitera Lía—, el resto de los mendigos, al recibir el obsequio, te agradece profusamente —hace una pequeña reverencia y agrega, imitando el tono lastimero de los mendi-

gos—: “Dios se lo pague, señorita...”

—En cambio Su Majestad “Eloísa Primera” —cuenta Daniel—, sólo te concede una mirada de aprobación.

—¿Así se llama, Eloísa?

—Noo —ríe Susana—, Claudio la llama así. A veces la hemos visto escarbando una caja de basura. Y si encuentra un pan, parte la mitad para darlo a las palomas que siempre la siguen. Luego, con la mayor gravedad, se come el resto.

—Tal vez en otra vida fue princesa —comenta Selva, risueña.

—Eso creo —asegura Lía, con cierto aire de ensoñación—. Bueno, ¿vienen con nosotros, verdad?

Selva vuelve a mirar a Richard, interrogante. Este, que ha prejuzgado y errado continuamente en sus opiniones sobre Claudio y su familia, se siente cada vez más incómodo y furioso en medio de ellos. No razona. No intenta siquiera una salida airosa.

—No creo que un pan o un trapo basten para hacer la felicidad de un necesitado —afirma ásperamente—. Antes bien, lo considero un fuego fatuo, un engaño, una maldad. No se precisa tener muchos conocimientos de sociología para comprender que hacen más mal que bien con esa “ronda” de espejismo.

Sus palabras sacuden brutalmente a Daniel y su familia.

—¿Insinúas que la ronda es una maldad? —pregunta Daniel, estupefacto.

—No lo insinúo: lo digo claramente.

Claudio se acerca a él, tenso, hostil.

—Tienes razón, Richard. Desde tu torpe punto de vista, tienes razón. Y con esto quiero decir, desde todos los vacuos absoguistas que simbolizas. De los que se lavan las manos en la sociología para dejar que el mendigo espere mil años más el día de la equidad. ¡La ronda una maldad! ¡Qué ciego, qué cercenado eres! —su voz adquiere resonancias de frenesí—. Hay un momento, Richard, en que por causas odiosas, agrias, directamente entroncadas con tu posición, ciertos seres humanos quedan reducidos a una plegaria en la noche. ¡Aah esas horas desoladas cuando nada queda, sino la espera y la oración; la plegaria que hierde las propias entrañas, que penetra en el alma de los huesos; la plegaria mientras se espera que los suicide la nada...! Esa es la que nos conmueve y espanta; esa es la plegaria que escuchamos y aliviamos con la ronda! ¡Una dádiva no hace la felicidad! ¡Ah, si supieras lo que siente quien da y quien recibe en la noche sin nadie de un hombre! El camino del infierno, Richard —termina, alejándose de él— es el egoísmo, la ceguera, la indiferencia. La ronda es la contraposición de todo lo malo... de todo lo obscuro...

—¡La ronda es el alborozo tornado cuerpo y alma —irrumpe Susana, exhortante.

—La ronda es el principio y la culminación del éxtasis —agrega Lía, apasionada.

Claudio, la mirada lenta:

—Tú y yo vamos trazando círculos.

Nadie ni nada se escapa,

sólo que mientras unos ascienden,

otros descienden,
para impulsar el ascenso
de aquellos que luego deben descender
para impulsar a su vez
el ascenso de los anteriores.
Y si hoy te toca la rebeldía
es sólo para enseñar a ser rebelde
a los mismos que mañana
deben criticar tu mansedumbre.
Y en cualquier lugar,
en cualquier ubicación,
deberás cumplir tu designio,
sin saberlo...
sin siquiera sospecharlo.

Tras las palabras de Claudio, brota un pequeño oasis de expectación, en el que Selva y Richard son sacudidos por distintas emociones. Para Richard, aquella escena tiene cadencias de estulticia, de locura; es intranquilizadora, sofocante. Para Selva, encierra una especie de vibración cósmica. Siente una extraordinaria sensación de haber encontrado, de haber llegado a un lugar desconocido, apartado del mundo real y cotidiano, donde la felicidad se toca y se bebe desnuda. Es como si hubiesen abierto las puertas de su piel, de par en par, y se expandiese desde ese lugar a todos los caminos de la tierra, tierna, gozosa, iluminada. Tal vez sean los alborozados ojos de Claudio, o las manos de Lía y de Susana, que se mueven como palomas al viento; o quizás sea la plácida sonrisa de Daniel, lo que emana ese fluído que la colma como un prodigio súbito y fugaz...

A excepción de Richard, los presentes captan

plenamente sus estremecimientos y multiplican y ahondan sus esfuerzos por conquistarla.

—¡La ronda es una comunión que te vuelve las manos celestes!

—¡Es la entrega de la sangre que florece en el pan!

—¡Es una fuga de tus límites por recobrar tus perfiles infinitos!

—¡La ronda es el fuego y el amor!

Lentamente han ido formando un círculo alrededor de Selva y Richard, girando en torno a ellos mientras hablan. Estos comienzan a girar sobre sí mismos para escucharles. Las voces son acuciantes, sentenciosas:

—¡La ronda es armonía!

—¡La ronda es un círculo que canta!

—¡Es un ave de luz que retorna por recobrar su memoria!

—¡La ronda es el símbolo perfecto de la tierra!

Han abierto los brazos y se han tomado de la mano, formando un aro que gira alegremente, cada vez más rápido. Un círculo que invita, que llama, que absorbe.

—¡El corazón de Dios tiene la forma de una ronda!

—¡Cabén en ella las aves y los peces!

—¡La canción y el mar!

—¡Intégrate para que vivas la canción del hombre-ronda!

Todo en la amplia habitación parece vibrar, cantar y saltar, impregnado de dicha, de belleza y de fe.

La familia entera recita ahora a coro:

—Cada instante va raspando mis huesos
y esparciendo el polvo por los caminos.
A través de los siglos
podrías encontrar algunos de mis razgos.
¡He tenido tantos!
Quizás tú mismo hayas cogido alguno,
sin saberlo

y yo, entretanto,
esté vistiendo la forma de tus manos.

Claudio extiende una mano a Selva, mientras
siguen girando:

—¡En nombre de la vida y del amor, intégrate
a la ronda!

—¡Intégrate a la ronda! —corean hechizantes
Lía, Susana y Daniel.

Selva extiende la mano, pero Richard la re-
tiene firmemente junto a sí.

—¡Basta, basta de estupideces! —grita enar-
decido— ¡Deténganse, deténganse!

Pero ellos siguen girando y llamando.

—¡En nombre de la vida y del amor, intégrate
a la ronda!

—¡Intégrate a la ronda!

—¡Intégrate a la ronda!

Selva, fascinada, vuelve a extender la mano...
La ronda sigue briosamente.

...Entonces un día tomas tu conciencia y la
plantas frenético en medio de la tierra... Y ya no
sabes si es un sueño o es que te han florecido los
ojos, las manos, la garganta...

A primera vista, a Selva le parece que el estudio de Claudio no se diferencia en nada a otros que ha tenido oportunidad de visitar: caballetes, esbozos, pomos de pintura diseminados por doquier, y tras una cortina; insinuado, un gran cuadro, probablemente la última obra, refuerzan esta primera impresión.

A poco de permanecer allí, sin embargo, comienza a experimentar una rara sensación de sobrecogimiento. En torno suyo reina una completa quietud; pero aquello no está solo ni en silencio. No acierta a explicárselo; mas, de esos muros parece desprenderse un hálito sobrenatural, un algo que ondula sigilosamente, como al acecho. El de aquella habitación es un **sosiego vivo**.

También Claudio, que se pasea silencioso, le parece ahora diferente, taciturno.

—¿Este es tu taller, Claudio? —es una pregunta obvia, que hace sólo para substraerse, para romper la atmósfera de crispación que la rodea.

—Sí, éste es mi templo, Selva.

—¡Es extraño!

—¿Extraño?

—Sí; hay algo aquí... no sé... es como si no estuviésemos solos.

—¿Te asusta?

—Noo, no es el término exacto... es como una compulsión...

—Sí, hay algo en este cuarto que pone febril, que transforma... No debiste venir... Richard fue más sensato y...

—¡Cristóbal no me interesa! —interrumpe ella, impulsivamente. Y luego, como recapacitando—: ¿Sabes lo que eso significa, Claudio?

Este evade la negrísima fijeza de sus ojos sentándose a horcajadas sobre una silla.

—Tú eres la primera mujer en muchos años que logra entrar a este cuarto, Selva —dice rehuendo una respuesta que parece quemarle—. Ni Lía ni mi madre lo han logrado —se entrega de lleno a la evocación—: Cuando cumplí la mayoría de edad, me preguntaron qué quería que me regalaran; les pedí esta habitación. No podían creerlo “¿La pieza de Lázaro? —se preguntaban sin comprender— ¡Pero tú estás loco!” No obstante, me empeiné y no quise escuchar sus razones. Al fin cedieron; no fue fácil lograrlo, pero valió la pena... Aquí logré realizarme.

—¿Y quién era... tu tío Lázaro?

El rostro de Claudio adquiere una suerte de tierna melancolía ante la interrogante.

—Toda vida resulta difícil de encerrar en palabras, Selva, pero tratándose de tío Lázaro, es casi imposible. Era músico... un músico muy singular. ¡Si lo hubieses conocido! —hace una pausa para invitarla a sentarse a su lado. El tono de su voz revela un hondo afecto por el ausente— Vivió la mejor parte de su vida en este cuarto, donde esta-

ba su estudio. Componía piezas extrañas. Pocas personas las conocieron... Tenían la rara propiedad de hacerte visualizar la contorsión de los sonidos. Su "Agonía del ciprés" era un canto fúnebre: sus notas eran diminutos seres vivos que realizaban una especie de danza, de espasmo enloquecido. Era terrible; yo la escuché cuando niño, sin que nadie lo supiera. Una noche, cuando todos dormían, me levanté y vine al estudio. Tío Lázaro había comenzado a interpretarla. Siempre lo había escuchado hablar a solas; así supe que había conseguido crear una nueva escala y con ella estructurado una forma especial de composición: buscaba desesperadamente el tono exacto, la nota precisa, concibiendo al fin una armonía alucinada. Sí, realmente su música era viva... se podía visualizar... Aún recuerdo el efecto que me causó. Nadie supo la causa. Pero durante un mes me persiguió la visión de esa obra. Hablaba con dificultad, como un enfermo; abstraído, ajeno de mí mismo...

—¿Nunca se presentó en público?

—Sólo una vez dio un concierto. Cinco minutos después del comienzo, en la sala no se oía ni siquiera respirar... Tocó tres piezas, al final... el final fue desconcertante. El público estaba mudo. Ni un aplauso, ni una sola exclamación de agrado o repudio. Nada. Después de un largo silencio, la gente fue levantándose lentamente de sus butacas, como zombies, con un sosiego y lentitud espantoso, hasta dejar vacía la sala... Al cabo de un tiempo, nadie se acordaba del concierto, como si nunca hubiese sido dado.

—Realmente es muy raro... —se extraña Selva,

confundida— Tú que escuchaste su música, ¿cómo te explicas la actitud del público?

—Se asomaron a lo desconocido, Selva. Fueron transportados a una región a la cual no estaban preparados para ir. El lo sabía, por eso no le produjo amargura ni desencanto el resultado de su concierto... Era un hombre extraordinario... —su voz se apaga lentamente, como leño consumido.

—¿Por qué callas?

—No hay más que decir. Poco después de su muerte se quemaron sus obras. Entonces el cuarto fue clausurado y todos se olvidaron de él. Por eso, cuando lo pedí para taller, se resistieron tanto. Me aseguraron que aquí había algo malsano y terrible, que podría hacerme daño; provocarme una neurosis o algo parecido. Pero, como te dije, finalmente cedieron y, hasta ahora, nunca ha sido necesario recordarles la promesa de no entrar aquí.

—Todo lo que me cuentas es extraordinario, Claudio —dice Selva, sintiéndose cada vez más ligada a él—; todo lo que te rodea me era desconocido —mira en torno suyo con agrado—. En esta pieza se presiente un aire de magia, un algo inominado, que al principio me causó desasosiego, pero ahora... no sé, comprendo y quiero. Me agrada, es como un protector invisible.

—Un protector terrible, que te obliga a ser sincera... aunque ello implique ir más allá del infierno si es preciso: al valor que se requiere para ser auténtico, muchos le llaman locura...

Selva, completamente entregada, es un mundo abierto y feliz.

—Dices y haces cosas muy extrañas, Claudio

—dice acercando su resplandeciente rostro al de él—, pero nunca podría llamarte loco. ¡Soy tan feliz de haberte conocido. Estoy segura, por todo lo que me has contado, que verdaderamente nosotros nacimos en una sola palabra.

—No —niega Claudio, levantándose inesperadamente—. No existe un “nosotros”, Selva.

Ella lo mira incrédula, desconcertada.

—Yo estaba equivocado —sigue Claudio, el rostro demudado, como si fuese arrancando las palabras del fondo de la garganta—. No podría hacerlo... Ha sido necesario volver a mi templo para reintegrarme a la realidad.

—¡Dijiste que me amabas! —protesta Selva, con dolor adolescente.

Claudio se acerca rápidamente a ella, abrazándola.

—Y es cierto, Selva, te amo.

—¿Y entonces?

Quedan un largo instante en silencio. Entonces Selva dice, con reminiscencias de llanto:

—Jamás me había pasado... pero, cuando te conocí, comprendí que eras una especie de símbolo, diferente... y supe que te amaría. Comprendí como nunca, súbitamente, lo trivial de la existencia de un ser como Cristóbal. Hasta ayer creí amarlo; pero después de conocerte a ti no podría... ¿Lo entiendes? ¡No, después de vislumbrar una nueva forma de existencia...! No comprendo... siempre amé el arte. Es un camino distinto que fascina y prestigia. Admiro al que camina por él... ¿es el arte, Claudio, lo que nos separa?

Claudio se aparta sombríamente de ella:

—El arte, princesa, ¿sabes? tú qué fuego maldito o sagrado es el arte? Un estigma, un cuervo que te devora el alma torciéndote los ojos y las manos. Dislocando la realidad, prestigiando la vida ploma y el ensueño trivial. La creación es un misterio. Crear es ser Dios y demonio. El estado de éxtasis nos aleja del hombre. Sustrae la razón y nos entierra la locura... Muy pocos son capaces de entenderlo. Muchos pueden asomarse a la orilla del arte. Se tiñen un poco las manos o el alma y creen tener las llaves del recinto fantástico... pero siguen extranjeros... extranjeros de escritor y músico; de poeta y pintor. En cada pincelada, en cada frase o verso, vas dejando cien años de tu piel, de ojos abiertos y huesos desclavados. No es fácil, princesa, no es fácil. Pero debes mantener el equilibrio, porque hay un instante fatal en el que podrías perderte. Quemarte entera por tu propio fuego, por el misterio que arde frotando la conciencia con la proyección cósmica que has invocado. El encuentro te quema las raíces y te abre la sangre. Te miras a ti misma, desnuda y ajena, envuelta en una vestidura que desconoces, como en un pliego de luz, estremecida de terror y felicidad... —se acerca a ella y le coje las manos—. Entonces, alguien que no eres tú, pinta, traduce, ordena el conjuro; con palabras, voces o colores... Luego te alejas de ti misma y regresas a ti... Es una locura, extraña, inexplicable; pero vuelves para vestir tu razón y normalidad, temblorosa, y quedas perpleja, exhausta... ajena. Contemplas lo creado y sabes que no han sido tus manos... ni tus ojos... ni tu voz...

—Claudio... —quiere saber Selva, sin mirarlo—

¿Serías capaz de amar una mujer como amas el arte?

—He causado un gran daño a Richard... —prosigue éste, sumido en hondo abatimiento— quise crucificarlo como he hecho conmigo. Y él es diferente, pertenece a la acera de la resignación y no lo necesita —la mira intensamente a los ojos— ¡Te amo, Selva...! Todo cuanto te he dicho es verdad. Te he esperado toda mi vida. Mi sangre y mi alma tenían ya la forma de una mano abierta que te buscaba, como busca la semilla la comunión del sol. Olvidado de mí mismo un instante, creí que podría fundirte a mi vida... o yo a la tuya. Pero nadie puede huir de sí mismo. ¡Soy el símbolo de la espera y la búsqueda!

—¡No, tú no me amas, Claudio —niega ella con ardor— nunca lo hiciste! Sólo amas el arte. Debí saberlo... Ustedes no pueden querer a una mujer. Están cegados por el delirio, desposados con el propio yo... ¡No lo entiendo, Claudio, no lo concibo!

—Ya te lo dije, princesa: Tú perteneces al mundo, al rito del enlace, la familia y los hijos... al mundo de Richard... Yo sólo soy un símbolo... “La espera y la búsqueda” Si te amara como un ser normal, cambiaría irremediabilmente. ¿Entiendes? y sería un hombre más en el rito social... Es triste, doloroso. Pero no puedo torcer mi designio. Te seguiré amando, aunque tú no lo creas, aunque no puedas concebirlo. Buscándote como principio de creación y de mi propia existencia... Selva...

—No, no sigas —pide ella apagadamente— no es necesario —alza sus ojos hasta los de él y hace

un esfuerzo por sonreír—. Antes de irme quisiera ver tu cuadro... después de todo, a eso vine, ¿recuerdas?

Claudio reprime un intenso deseo de abrazarla.

—El cuadro... Sí, debes conocerlo. Es la imagen de mi propio destino, princesa —resueltamente va hacia el paño que cubre el cuadro y lo arranca de un violento tirón— ¡He ahí la imagen de mi senda!

Selva se lleva las manos al rostro, horrorizada.

Frente a ella, hay un gran cuadro que representa una horrible noche de tormenta, en la que parecen gritar las bodas de la Ira y el Espanto; del Dolor y la Locura. Y en medio de ella, clavado a una enorme cruz, sangra Luzbel, el ángel terrible...

LA RONDA DE LAS MANOS AJENAS



"QUEDA ESTRICTAMENTE PROHIBIDO"

Se imprimió en los talleres de Sociedad
Impresora Acuario. Miguel Angel 03311
SANTIAGO - CHILE

OBRAS PUBLICADAS

Juan Radrigán

1. "Los vencidos no creen en Dios" (cuentos) 1962 Agotado.
2. "El vino de la cobardía" (novela) 1968.

En preparación:

1. "El otro costado de Cristo" (novela).

Divel Mersán

1. "El altar de mis senderos" (Poesía) 3ra. edición 1963 (Agotado).
2. "Misangrital" (Poesía. Planteamiento neocrea-
cionista), 1968.

En preparación:

1. "Sinfonía del Hombre de Cristal" (Introducción).

En preparación por ambos autores:

1. "Sueño de agonía para un recodo temprano" (Introducción a la tercera realidad).

OBRAS POR APARECER EN EDICIONES SAOTEM

Oscar Hernández

1. "Cuatro jinetes para el tiempo" (novela).

Divel Mersán

2. "Conjuros y aquelarres" (poesía).